



**EL DUELO
ITINERANTE**

UN VIAJE DE DIEZ AÑOS

FERNANDO CERUTTI



© Carina López - (<http://instagram.com/catwoman20082>)

Fernando Cerutti (Córdoba, Argentina, 1967) es licenciado en Derecho y diplomado en Derecho de la Unión Europea por la Universidad de Málaga, España.

Durante los últimos veinte años ha trabajado en el campo de las relaciones internacionales y la ayuda al desarrollo (think tanks, empresas consultoras, Unión Europea). Su labor como evaluador de proyectos de lucha contra la pobreza le ha permitido visitar cerca de cincuenta países en los cinco continentes. Ha trabajado asimismo en la Dirección General de Desarrollo y Cooperación (EuropeAid) de la Comisión Europea en Bruselas. El duelo itinerante, su primer libro, resume sus experiencias en trece países en vías de desarrollo de América Latina, África y Asia. En la actualidad reside en Cantabria y Bruselas, donde escribe su segundo libro.

El duelo itinerante sólo se puede adquirir a través de www.fernandocerutti.com, en formato tradicional (libro papel) y digital (e-book). Si usted ha disfrutado con su lectura, por favor divúlguelo en su red de contactos.

Muchas gracias.

El autor

En www.fernandocerutti.com se ofrece información adicional sobre la obra: fotografías, relatos cortos, banda sonora..., así como el prólogo y el primer capítulo de manera gratuita.



Diseño de cubierta:

Magnus Lundstedt, Bipnet Digital SL
(www.bipnet.es)



«A menudo los libros resultan difíciles de clasificar en las estrechas categorías que les asignamos. Y eso es precisamente lo que ocurre con **EL DUELO ITINERANTE**, pues en principio se trata de un libro de viajes, del largo y sopesado trayecto de su narrador por diversos países del mundo: desde Venezuela a Mongolia y desde Pakistán a Sudáfrica. También es una suerte de ensayo que le permite al lector atisbar el funcionamiento de los proyectos de ayuda al desarrollo que la Unión Europea ha puesto y sigue poniendo en marcha en cada rincón del globo. Pero además es un viaje personal lleno de reflexiones por el intramundo de nuestras emociones y de ese largo y a menudo doloroso aprendizaje que es vivir, sobre todo cuando estamos de paso por ciudades, amistades y trabajos, como le ocurre al narrador de esta historia. Y finalmente encontramos aquí esos rasgos intensos de ficción que sólo puede ofrecernos la novela, pues como dice el autor, muchos de sus personajes son ficticios, o al menos lo son en la medida en que pueden serlo respecto a los modelos en que se inspiraron. De manera que **EL DUELO ITINERANTE** es varios libros en uno y el lector puede viajar, gracias a la prosa limpia y elegante de Fernando Cerutti, desde la brumosa Bruselas hasta los hervores de la selva centroamericana, a las regiones más olvidadas y resacas del Cuerno de África o a las aldeas dejadas de la mano de Dios en Laos o Tailandia para acompañarlo, junto con una galería riquísima de tipos humanos, por este viaje lleno de revelaciones, detalles, anécdotas, historias y paisajes donde bulle, intensa, plena y compleja, la vida.»

Jorge Eduardo Benavides

EL DUELO ITINERANTE

UN VIAJE DE DIEZ AÑOS

Fernando Cerutti



Primera edición: junio de 2013

© 2013, Fernando Cerutti

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del copyright.

Dirijase a Fernando Cerutti (info@fernandocerutti.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso y encuadernado en Imprenta Cervantina S.L
Santander (Cantabria)

ISBN 978-84-616-3944-1

Depósito legal: SA 304-2013

A la memoria de Anna

Agradecimientos:

A Jorge Eduardo Benavides, por su asesoramiento objetivo y profesional; a Alberto Yriart, por el divertido y fructífero Taller Literario Mar Alba y por compartir conmigo a su Borges; a Jordi del Bas y Rafael Eguiguren, por sus agudas y pertinentes observaciones y sugerencias; a Carina López, Samira Tovar, Adriana Solano, Arno Bremers y Martín Michel por sus muestras de apoyo y contribuciones de “corte psicológico”; a Ingeborg Lohner, por su inestimable aportación; y a Milagros Elvira, por su generoso apoyo logístico durante mi “año madrileño”. Y a Maximiliano y Yamila, por creer en mi proyecto.

Nota:

Los compañeros de trabajo, funcionarios de la Unión Europea y de los gobiernos locales, y los trabajadores de los proyectos que aparecen en este libro, son personajes ficticios. Cualquier semejanza con personas de la vida real es mera casualidad (repite: mera casualidad). Por el contrario, las personas que conocí y entrevisté “en el terreno”, es decir, las que se beneficiaban —o no— de los proyectos, son reales; y sus historias, al menos como me las contaron a mí, lo son igualmente. Sin embargo, he alterado sus nombres para proteger su derecho a la intimidad.

Índice

Prólogo	9
Parte primera: América	12
1. La quebrada de la mula: Nicaragua y Honduras, noviembre de 2000.....	13
2. Por los caminos de la coca: Bolivia, marzo de 2001	59
3. Con otros ojos: Argentina, abril de 2001	102
4. Fútbol en la cárcel: Venezuela, junio de 2001.....	145
Parte segunda: África	184
5. Tras las huellas de Reverte: Tanzania, septiembre de 2001	185
6. Esclavitud en el siglo XXI: Sudán, abril de 2002	230
7. Diálogos con Enrico: Somalia, mayo de 2002.....	274
8. Todos tenemos un héroe: Sudáfrica, octubre de 2002	305
Parte tercera: Asia	361
9. La mezquita de Qurtuba: Pakistán, febrero de 2003	362
10. Cara a cara contra el sida: Tailandia, marzo de 2004	399
11. Entre el sol y la estepa: Mongolia, septiembre de 2006.....	454
12. Nani quiere ser médico: Laos, noviembre de 2007	508
13. Epílogo: ¿y qué fue de...?.....	564

Prólogo

Se suponía que el 2000 era año de cambios importantes. Cambio de decenio, de centuria, de milenio. Me apunté a la moda: yo también necesitaba un cambio en mi vida. No es que fuera infeliz, ni mucho menos. Mi trabajo estaba bien pagado y vivía en una apacible y luminosa ciudad del Mediterráneo español. Sin embargo, mi aburrimiento sólo era comparable con el inmenso mar que alcanzaba a ver desde la ventana de mi despacho, y aquello a lo que me dedicaba se me antojaba bastante inútil. Cuando se es joven y soñador, una apacible ciudad mediterránea acaba quedándose pequeña, muy pequeña. ¡Yo deseaba seguir viendo el mundo! De modo que busqué un trabajo nuevo, en un lugar lejano, algo que fuera útil y excitante, una nueva aventura vital... La búsqueda dio resultado. Y tanto: en cuestión de meses, mi vida era otra.

Desde entonces, y durante diez años, tuve la enorme suerte de trabajar en el campo de la ayuda al desarrollo. Siete de ellos los pasé viajando por el mundo, visitando y evaluando proyectos de lucha contra la pobreza financiados por la Unión Europea. Los otros tres los vi pasar por la ventana de una oficina en la gris Bruselas. Desde mi primer viaje, y que en noviembre de 2000 me llevaría a Honduras y a Nicaragua, me dediqué a tomar notas, escritas y en mi mente, y a sacar todas las fotos que pude. No sabía muy bien para qué, aunque en el fondo lo intuía: «Deberías contar lo que ves en tus viajes, escribir un libro con tus experiencias...», me susurraba una vocecita interior. La mayor parte del tiempo, demasiado ocupado en trabajar y en vivir, no prestaba atención a aquel susurro, y la idea, degradada a la categoría de embrión, permaneció como aletargada, casi desterrada; sin embargo, seguía con vida. Prueba de ello era que en todos mis viajes continuaba tomando notas, escritas y en mi mente, y sacando todas las fotos que

podía. Y así pasaron los años. Viajé a más de cincuenta países en los cinco continentes, visité comunidades aisladas y lugares remotos normalmente vedados a un turista convencional, y conocí personas que hasta entonces sólo habitaban en libros y documentales. Muchas de ellas me relataron sus historias, sus problemas, anhelos y deseos.

Hasta que en un momento dado el embrión eclosionó en un adolescente impetuoso y vociferante que demandaba —¡él también!— abandonar su aburrida y oscura habitación para comerse el mundo. De modo que armé las maletas, abandoné la gris Bruselas, regresé a casa y me puse manos a la obra. Me senté a escribir “El Libro”. Cuando amigos y familiares, algo sorprendidos ante este nuevo y brusco giro de timón en mi vida, preguntaban de qué trataba ese libro, yo me enmarañaba en un sinfín de explicaciones. «Tiene una parte de ensayo —comenzaba diciendo—, porque hablo sobre la pobreza en el mundo y explico lo que vi en los proyectos de ayuda al desarrollo que evaluaba. Pero también tiene algo de libro de viajes —continuaba—, porque cuento mi impresión sobre aquellos países, la historia reciente, sus paisajes, la comida, los animales... Y también es novelado —mi interlocutor ya comenzaba a mirar para otro lado—, porque hablo sobre las personas que conocí en el camino, sus vidas, historias, anhelos, etcétera, etcétera. Es decir —intentaba resumir y recuperar su atención—, tiene un tercio de ensayo, un tercio de libro de viajes y otro tercio de novela. ¡Imagínate una mesa con tres patas!» Para entonces, mi sufrido interlocutor, atiborrado de información, concluía: «¡Ah, es un ensayo sobre ayuda al desarrollo!», o «¡Qué divertido, un libro de viajes!», e incluso: «¡Qué original, una mesa con tres patas que vaga por el mundo!». Aprendí la lección: uno no debe revelar el argumento de un libro hasta haberlo terminado.

Lo que relato sobre los proyectos de ayuda al desarrollo que visité es cierto. Todo lo demás, mis apreciaciones y opiniones, se basa en notas y recuerdos y, como tales, son personales, subjetivas. Porque al fin y al cabo, nuestra historia es la sumatoria de nuestros recuerdos, muchos de ellos, derivados de lo que nos contaron otros, de la propia imaginación y hasta de nuestros sueños.

Y esta es la historia, ahora sí puedo revelarla: este libro ha dejado

de ser mío para pertenecer al lector. La historia de un hombre que viaja por el mundo visitando proyectos de lucha contra la pobreza, que conoce lugares e intenta comprender otras culturas y maneras de entender la vida. Que conversa, hace amigos y, en ocasiones, divaga consigo mismo.

Parte primera América



1. La quebrada de la mula

Nicaragua y Honduras, noviembre de 2000

*No somos sino peregrinos que, yendo por caminos distintos,
trabajosamente se dirigen al encuentro de los unos con los otros.*

Antoine de Saint-Exupéry

Una pesada cadena unía el destino de aquel hombre al de un viejo madroño que se alzaba en el centro del patio. Del talón al tronco, como si se tratara de un único ser, mitad animal, mitad vegetal. Se cubría con harapos y estaba sentado en el suelo, inmóvil, la cabeza entre las piernas. Era un reo en espera de juicio. El juzgado de Estelí carecía de celda, de modo que éste era el método pergeñado por la policía para mantener a los acusados bajo custodia hasta la celebración del juicio. La mayoría de las veces la espera era de horas. Una profunda herida en el tronco del árbol corroboraba que se trataba de una costumbre de arraigada tradición. Los familiares del preso no podían acercarse a menos de dos metros. De ello se encargaba un policía barrigón con la camisa llena de lamparones que fumaba despatarrado sobre una silla. Un fiero fusil en bandolera era su único signo de autoridad. Eso sí, hacía la vista gorda y les permitía arrojar al pobre hombre trozos de pan, algunas frutas y botellas de plástico con agua.

—Deberíamos hablar con el preso —dijo Lorenzo Orsini.

—Buena idea —respondí. El italiano siempre parecía tener buenas ideas.

El juzgado funciona en una casona de una planta de paredes desconchadas. Apenas dos o tres ventanas conservan sus cristales tras unos postigos descolgados. Todas las aberturas de la casa están protegidas por unas sólidas rejas de hierro forjado, otorgándole un

aire de pajarera gigante. Uno no sabe a ciencia cierta si su función es impedir la irrupción nocturna de ladrones de expedientes o la huida de los sufridos funcionarios del juzgado. El polvo de años cubre los legajos convirtiéndolos en manuscritos incunables, medio petrificados y sujetos con cuerdas de hilo sisal. Se apilan sin clasificación aparente sobre estantes, en oscuros rincones e incluso bajo las mesas. Unos pocos ventiladores de techo remueven el calor pegajoso. La gente invade todos los espacios disponibles, con la excepción del patio donde dormita el hombre encadenado. Aguardan pacientemente su turno para Dios sabe qué tipo de trámites; en las aceras, bajo un sol de justicia, apretujada en los pasillos o sentada en el suelo. Las dos o tres salas destinadas a los juicios cuentan con unas pocas y desvencijadas sillas de esparto, una mesa de madera para el juez, y poco más. Unas cuantas secretarias luchan como bravas Amazonas contra unas herrumbradas, ruidosas y nostálgicas máquinas de escribir Remington que deben contar, cuanto menos, con sesenta años en sus teclas. Siguen a Lorenzo Orsini con la mirada mientras cuchichean y ríen, pero él aparenta no darse cuenta.

Era nuestra primera semana de trabajo en Nicaragua y Lorenzo y yo nos estrenábamos como evaluadores de proyectos de lucha contra la pobreza financiados por la Unión Europea. Entre otras actividades, este proyecto había financiado la construcción del complejo destinado a albergar los nuevos juzgados de Estelí: una flamante y sólida estructura amarilla de mil seiscientos metros cuadrados cuyo coste había rondado el millón de dólares. Estaba a punto de inaugurarse, de modo que creímos conveniente visitar asimismo los viejos juzgados aún en funcionamiento, comprobar y comparar in situ, conversar con jueces, secretarias y, de ser posible, con algún reo.

Lorenzo Orsini, mi compañero de trabajo, era originario de Turín aunque vivía en Roma. Con su metro noventa, sus cien kilos bien plantados y el pelo y la barba negra cortados al centímetro, el italiano imponía. El color de sus ojos mutaba desde un verde casi transparente hasta el azul claro, pasando por un celeste glacial. Aún hoy, varios años más tarde, no puedo asegurar si ello se debe al clima, la luz o a su estado de ánimo. Lorenzo hablaba español a la perfección —su madre era gallega— y tenía mi edad: treinta y tres años por aquel entonces.

Hacía apenas cuatro días que lo conocía y ya podía delinear algunos trazos de su carácter. Poseía una rápida inteligencia deductiva y era muy simpático y educado, cualidades que atemperaban aquel aspecto suyo un tanto agresivo, entre *marine* y campeón de lucha libre. Le gustaba conversar y opinar sobre cualquier asunto. A veces daba la impresión de querer quedar bien con todo el mundo, aunque para ello fuera amoldando sus opiniones de manera casi imperceptible y astuta a lo largo de una charla, como una especie de camaleón social. Lorenzo producía tres tipos de reacciones en la gente. La mayoría, mujeres y hombres, caían seducidos como indefensos gatos panza arriba («¡Es tan guapo y encantador!»); Un segundo grupo parecía no fiarse ante tanta amabilidad y educación («¿Qué querrá este tipo?»); y un tercero, minoritario, y compuesto generalmente por hombres inseguros, se sentía amenazado ante su presencia física e inteligencia («Es mejor que yo: hay que anularlo»). Creo que al principio yo me incluí entre los del segundo grupo, me descolocaba su exagerada simpatía, pero no tardé en caer seducido, más bien intrigado, por su carácter. Un carácter inusitado que tardaría varios años en comprender del todo, si es que tal empresa es posible. En cualquier caso, Lorenzo Orsini se convertiría en un excelente compañero de trabajo y en un amigo casi inseparable durante muchos años.

Insistimos en hablar con el reo encadenado al árbol. Cuando nos acercamos y alzó la cabeza, nos topamos con una cara mestiza y apergaminada como un cuero viejo. Ignoro cuántos años podría tener, pero era indudable que aquella cara había sido cincelada por el hambre y una vida de carencias.

—¿Podemos hablar con usted? —le preguntó el italiano—. Mi colega se llama Fernando y yo, Lorenzo. Estamos visitando el juzgado para ver cómo funciona.

El hombre se secó la boca con el puño de lo que un día fuera una camisa, carraspeó y tragó saliva. «Sí, señores», respondió con voz entrecortada.

—No tiene nada que temer —Lorenzo le puso la mano sobre el hombro y eso pareció calmarlo, a juzgar por la tenue sonrisa que dibujó en su cara—. ¿Cómo se llama?

—Modesto Zamora.

—¿De qué lo acusan, Modesto?

—De cachar un carro, un viejo Ford. Ya lo confesé, yo lo hice..., había estado bebiendo con unos compadres y andaba un poco bolo —dijo bajando la cabeza nuevamente, como si se encontrara ya frente al juez.

—¿Y hace cuánto tiempo que espera ser juzgado? —fue mi turno para preguntar.

Modesto levantó de nuevo la mirada, hizo unos cálculos mentales ayudándose con los dedos y respondió:

—Un año, más o menos...

Luego nos contó que no tenía abogado, que nunca había hablado con uno, pero que alguien en el “bote” le había dicho que hoy sí vendría para defenderlo durante el juicio, ¿era eso cierto, señores?

—Sí, es cierto, hoy vendrá su abogado —confirmó Lorenzo—. ¿Quiere decir que ha firmado una confesión sin presencia de un abogado?

—Yo no sé lo que firmé, no me acuerdo... —se lo notaba abrumado, algo avergonzado, y su mirada se perdió.

Agradecemos a Modesto la charla con un apretón de manos, ante el pasmo de sus familiares y del policía que nos miraba con recelo, ahora aferrado a su fusil.

Minutos más tarde nos recibió el juez de turno en su sencillo despacho de paredes blancas, sepultado entre expedientes y con el único adorno de un almanaque colgado y marcado con círculos y anotaciones. Se trataba de un hombre delgado de unos treinta años, de aspecto urbano y bastante estresado. Nos sentamos frente a su mesa y nos invitó café de un termo. Luego de presentarnos y de explicarle que el objetivo de nuestra visita era evaluar la marcha del Proyecto de Apoyo a la Justicia en Nicaragua, de cuya existencia él estaba al tanto, le preguntamos por la situación de Modesto. «Sí, claro, ya ven cómo trabajamos —dijo algo avergonzado y en tono de excusa—, no tenemos celdas, ni computadoras, faxes o impresoras... por eso la ayuda de la Unión Europea es tan importante para nosotros. Espero que las cosas mejoren cuando nos mudemos al nuevo complejo judicial.» También nos explicó que en la cárcel departamental se mezclaban reos acusados de robo en espera de juicio, como Modesto, con presos convictos por

asesinato o violación. Se estaban vulnerando, por tanto, las normas penitenciarias más elementales, así como las de presunción de inocencia y administración de justicia. Por no mencionar los derechos humanos: Modesto encadenado a un árbol como un perro apaleado. Luego afirmó que la falta de medios, unida al incremento reciente de la violencia, generaba retrasos crónicos en las causas: «Uno, dos ¡y hasta tres años! hasta la primera vista», concluyó resoplando.

Cinco meses antes mi realidad era bien distinta. Me acababan de ascender a jefe de sección en una empresa consultora de Málaga que solicitaba y ejecutaba aburridos y repetitivos proyectos de formación profesional con fondos europeos. Llevaba un buen tiempo secuestrado por una abrumadora necesidad de cambio. No era la primera ni sería la última vez que me sucedería. Cada tantos años, una fuerza interna de origen desconocido me empuja, sin que pueda ofrecer demasiada resistencia, hacia la siguiente mutación; como un actor figurante a quien un malhumorado director obliga, una y otra vez, a cambiar de rol y de vestuario en el transcurso de la misma película.

De manera que durante gran parte de aquel supuesto primer año del nuevo milenio dediqué poca energía a mi cansino trabajo de oficina, y mucha a soñar y a buscar alternativas profesionales y de vida. Respondía a algunas ofertas de trabajo, aquí y allá, con más ilusión que convencimiento y estrategia. Así, una sofocante tarde de verano mediterráneo, hojeando de forma casi mecánica la sección de ofertas de trabajo de la revista *The Economist*, mi mirada se clavó sobre un anuncio: «Empresa consultora británica con amplia experiencia en cooperación al desarrollo precisa evaluadores de proyectos de lucha contra la pobreza financiados por la Unión Europea». A continuación, y con la sospecha de que no cumpliría los requisitos exigidos, los leí rápida y superficialmente, como un escáner. Se demandaban estudios universitarios afines —alcancé a ver “Derecho” entre ellos—, estudios complementarios en cooperación y/o economía del desarrollo, experiencia profesional en temas de desarrollo en alguna o varias regiones del mundo —América Latina entre ellas—, elevado dominio del inglés hablado y escrito, así como del español y/o francés, y experiencia probada en formulación, ejecución y evaluación de proyectos

de cooperación al desarrollo. Al final, se incluía la típica fórmula exigiendo «flexibilidad y gran adaptabilidad a situaciones cambiantes y ambientes multiculturales, espíritu de equipo y disponibilidad para viajar con escasa antelación de aviso. Interesados enviar urgentemente currículum vitae a la atención de Mrs. Anne Livingstone, Directora del equipo de evaluadores».

Me entusiasmé de inmediato. Cumplía todos los requisitos. Bueno, casi todos. Salvo algunas evaluaciones “de escritorio”, mi experiencia como evaluador era más bien teórica que práctica. Pero para que se cierren las puertas ya se encargan los demás, adapté mi currículum y se lo envié a Mrs. Livingstone esa misma noche, encomendándome al espíritu altruista y benevolente de su hipotético antepasado, el gran explorador y misionero del África. Sin embargo, como suele suceder en el 99% de los casos, pasaron las semanas y la señora Livingstone no se puso en contacto conmigo para manifestarme lo espectacular que le había parecido mi currículum. Por no mencionar la foto con amplia y forzada sonrisa que se me ocurrió adjuntar en la primera página para que quedara bien claro que *yo* era una persona muy flexible, adaptable y multicultural, así como un simpatiquísimo animal gregario. No tuve más remedio que olvidarme de aquella extraña oferta y de la señora Livingstone.

Cuatro meses después me encontraba trabajando en mi oficina. Era tarde, y un cielo gris y encapotado amenazaba con una lluvia que una reseca Málaga necesitaba con desesperación, tras meses de sol despiadado y con montañas de un polvillo amarillento africano acumuladas en las esquinas. Me había quedado prácticamente solo en el edificio, atascado con unos infumables informes que hablaban de la importancia de la formación profesional para los peluqueros de la Costa del Sol. Hacía días que tendría que haber terminado de leerlos y, lo más duro, resumirlos para hacerlos digeribles, pero mi mente vagaba como un mendigo por una dimensión futura y por tanto inexistente. Al poco rato la amenaza se cumplió y la lluvia engulló la poca luz del Mediterráneo que aún lograba animarme.

Mi despacho era una especie de pecera con aires posmodernos en la planta baja del edificio, una enorme, amorfa y laberíntica construcción del siglo XIX que ocupaba toda la manzana y que había sido reciclada,

sin mucha cordura, para cobijar a varias empresas de un mismo dueño. Frente a mí se alzaba una gran ventana desde la que alcanzaba a ver el mar, ahora pardo y bravucón. Al otro lado de la calle, una vieja casona de tres plantas con balcones y rejas se había transformado, bajo una lluvia achocolatada, en un tenebroso panteón descascarado del que nadie se ocupaba desde hacía siglos. Creo que hay ciudades que ganan o pierden en belleza bajo un cielo gris y lluvioso. París, por ejemplo, que se nutre de bucólicos puentes, palacios imperiales y graciosas casitas con techos de pizarra, se torna nostálgica y romántica. Málaga, por el contrario, se afea, porque bajo la lluvia, el mar y la montaña que le otorgan su belleza la abandonan.

En esas andaba, intentando leer y comprender aquellos informes, divagando en torno al efecto de la lluvia sobre las ciudades, sobre qué hacer con mi futuro; todo a un mismo tiempo, cuando sonó mi teléfono móvil. Reconocí el prefijo de Bélgica y pensé de inmediato en mi viejo amigo Jordi que llevaba años viviendo en Bruselas:

—¡Jordi, cabroncete! ¿Cómo estás?

—*Sorry, could I speak to Mr. Cerutti, please?* —me sorprendió una voz femenina y que no hablaba con acento catalán. Definitivamente, no era Jordi.

—*Yes, it's me, hello...*

—Soy Anne Livingstone, de British Consultants, ¿podemos hablar unos minutos?

Al instante recordé su nombre y aquel antiguo anuncio del *Economist* que tanto me había entusiasmado. En un inglés con acento de Oxford, Mrs. Livingstone se excusó por no haberse puesto en contacto previo por correo electrónico. Se trataba de algo urgente y había decidido llamarme.

—Nos interesa su currículum, tenemos pocos expertos en América Latina... ¿Sigue interesado y disponible para llevar a cabo misiones de evaluación?

—Sí, por supuesto... —recuerdo que me tembló la voz.

A continuación me preguntó sobre mis trabajos concretos en la región, mi puesto actual en Málaga y mi experiencia «algo más débil» —apuntó sutilmente— en evaluación de proyectos. Me limité a repetir lo que había escrito en mi currículum, al tiempo que intentaba

desesperadamente localizar el archivo en mi ordenador para abrirlo y tenerlo frente a mí en la pantalla. Uno siempre se traumatiza por no meter la pata con las fechas y otros detalles menores que se “amoldan” en función del anuncio. Decidí ser sincero y admitir sin tapujos que mi experiencia en evaluaciones se limitaba al terreno teórico, pero que aprendía rápido, y que estaba dispuesto a...

—¡Bueno, nadie es perfecto! —me interrumpió con una risilla algo forzada—. Tenemos una urgencia: en un par de semanas enviaremos una misión de evaluación a Nicaragua y Honduras, y *nos* gustaría contar con usted —noté que casi siempre hablaba en plural, como la reina Isabel II.

—¿Y cuánto tiempo dura esa misión?

—Dos semanas. Pero claro, luego debe escribir y enviar los informes, pero esto lo puede hacer desde casa, o desde su oficina.

—Perdone que le pregunte —continuó—, y luego de esta primera misión, y suponiendo que quedan satisfechos con mi labor, digamos... ¿hay posibilidades de contar con más trabajo? Debo pedir permiso en mi empresa, unas vacaciones, quizás.

—Lo comprendo. Pero de momento no podemos asegurarle más que ésta primera. Luego, ya veremos. Aunque le adelanto que hay mucho trabajo. Siento no poder ser más precisa —su voz sonaba sincera—. Hagamos una cosa: solucione primero el tema del permiso, o vacaciones, y luego nos confirma por correo electrónico. Pero por favor, que sea mañana mismo.

—De acuerdo.

—Gracias, y buenas noches —se despidió.

—Buenas noches, Mrs. Livingstone.

—*Oh, by the way...* —dijo antes de colgar—, también nos gustó su foto, ¡muy original!

Cuando colgué miré por la ventana y ya había dejado de llover. La casona de enfrente había recuperado su antigua elegancia, como un rostro de mujer recién lavado y discretamente maquillado. Apagué el ordenador y las luces, cerré las puertas de mi despacho en aquel edificio de oficinas tan coqueto y original, y me fui silbando a casa. Mientras caminaba por las calles limpias y sin apenas tráfico de una Málaga fresca y rejuvenecida, iba pensando en todas las cosas que

debía comprar para un viaje al trópico.

No logré que me concedieran vacaciones, ni siquiera un permiso sin sueldo. Mi jefe y la responsable de recursos humanos se cerraron en banda: «Ya has consumido tus vacaciones, hay demasiado trabajo, nunca damos permisos, ahora eres jefe de sección...». Renuncié. Mi decisión provocó un pequeño revuelo entre mis compañeros, no lograban comprender que abandonara así, de pronto, un trabajo fijo y estable, una carrera prometedora en una empresa en alza. La posibilidad de solicitar un crédito hipotecario y comprarme el ansiado ático frente al paseo marítimo o el chalet adosado en los barrios altos. ¿Y todo eso por un extraño trabajo de dos semanas que sonaba a misión evangelizadora?

—A ver shiquiyo, y luego de esos quince días ¿qué vas hacer? —me preguntó mi secretaria, una morena de aires flamencos y muy salerosa que se peinaba con una apretada coleta.

—No lo sé, Trini, a lo mejor me vuelven a contratar para otras misiones.

—¡Joé, tú sí que estás chhalao, shiquiyo!

Es probable que la flamenca Trini estuviera en lo cierto. Renunciaba a la estabilidad, a un ingreso mensual nada desdeñable, la tan anhelada seguridad... Además, había contraído algunas deudas, no muchas, pero el banco no perdona ni admite retrasos, no entiende de sueños. Fue tras aquella conversación con Trini que caí en la cuenta de que no había abordado el tema del dinero en mi conversación con Anne Livingstone. ¿Se podía ser más atolondrado? Y así comenzó esta nueva etapa, como una locura, un salto al vacío. Pero ¿no es la juventud ese período de la vida propicio a la locura? Sea como fuere, me embargaba un inconsciente sentimiento de aventura y libertad como hacía años que no sentía.

Escribí de inmediato a Mrs. Livingstone para comunicarle mi disponibilidad absoluta —esta vez sí le pregunté por los honorarios— y al día siguiente una asistenta suya llamada Helen Harrimore me envió un amable correo con el borrador de mi contrato. Las condiciones económicas eran estupendas: con lo que me pagarían por esas semanas de trabajo podía vivir tres o cuatro meses. ¿Y luego? Luego ya vería, cada problema a su debido tiempo. Una semana más tarde recibí otro

correo de Helen dirigido a los cuatro miembros del equipo que viajaría a América Central: Ursula Müller, Mateo Colonna, Lorenzo Orsini, y yo. Aquellos nombres no me sonaban de nada, y yo me imaginaba a personas lejanas, inaccesibles y súper profesionales. Helen Harrimore nos explicaba los pormenores de la misión: cada uno de nosotros visitaría (evaluaría) dos proyectos, solo o en compañía de otro colega, y la jefa del grupo sería la señora Ursula Müller. También nos adjuntaba los documentos relativos a esos proyectos, manuales de técnicas de evaluación y otros informes para nuestro análisis y estudio, los datos de contacto de las personas responsables de la gestión y ejecución de los proyectos, y nuestros billetes electrónicos de avión. Todo tan eficaz y preciso que no pude evitar pensar en una película del agente 007.

Unas semanas más tarde, al aterrizar en Managua, volvía a caer en mi particular trampa tropical: nada más descender por la escalerilla del avión y encajar esa repentina e insolente bofetada de calor y humedad, miro en dirección a la turbina buscando el origen del choque térmico. ¡Pero si estás en el trópico! Era mi segunda visita a Nicaragua, y en el trayecto hacia el hotel tuve la impresión de que Managua había cambiado bien poco en los cinco años que las separaban. Se veía algún que otro *shopping mall* nuevo, al más puro estilo norteamericano, y un recién inaugurado hotel Intercontinental: mi destino.

Gran parte del vuelo la había dedicado a leer información y datos sobre Nicaragua y Honduras. Poco antes de partir había comprado un cuaderno de espirales y tapas negras que, en su primera página, bauticé con el original nombre de «Cuaderno de Nicaragua y Honduras». Allí anoté datos, pegué artículos y recortes, y lo imaginé como depositario de mis futuras notas durante las entrevistas. Esta costumbre se fue perfeccionando y sofisticando con el paso del tiempo, y mis “cuadernos de” se convirtieron en auténticos e inseparables compañeros de viaje, en criaturas cuasi vivientes, testigos fieles de mi paso por el país y depositarios incondicionales de mis recuerdos.

Nicaragua es el segundo país más pobre de América, superado sólo por Haití. Por aquel año 2000, la renta per cápita de un nicaragüense era de setecientos treinta dólares anuales, es decir, unas cincuenta veces inferior a la renta de un noruego, por poner un ejemplo. La pobreza

extrema afectaba entonces al 20% de la población, esto es: uno de cada cinco nicaragüenses vivía con menos de un dólar al día¹. Nicaragua muestra una enorme desigualdad entre ricos y pobres, apartado en el que América Latina es la indiscutible campeona mundial.

Un artículo que encontré en Internet y que grapé en mi Cuaderno de Nicaragua a continuación de los datos sobre economía y pobreza, me refrescó su historia reciente. Durante gran parte del siglo XX el destino de Nicaragua está unido al de la dinastía despótica de los Somoza, como un bello y manso ternero marcado a fuego con tres siniestras “S”. Y es que tres miembros de la familia Somoza, padre y dos hijos, se suceden en el trono acumulando un enorme poder político, militar y económico. El más feroz es el tercero de la dinastía, Anastasio Somoza “Tachito”, quien en la década de los ’60 ilegaliza sindicatos, prohíbe partidos políticos opositores y pulveriza los movimientos campesinos, utilizando métodos extremadamente violentos en su particular cruzada familiar. Como respuesta, se organiza y funda el clandestino Frente Sandinista de Liberación Nacional, el FSLN, de orientación marxista-leninista, que se enfrenta a la dictadura de Somoza durante casi veinte años, hasta que en 1979 una gran ofensiva militar de los sandinistas y la presión internacional obligan a Tachito a abandonar el país, quien, dicho sea de paso, se lleva consigo los féretros con los restos de su padre y de su hermano. Ya sabemos que la venganza más fanática se ceba hasta con los huesos. Los sandinistas ocupan entonces el poder. Se calcula que el horror del período Somoza dejó un saldo de cincuenta mil muertos. ¡Qué difícil se me hacía imaginar tamaña barbarie y cantidad de muertos en la mansa Nicaragua que me tocó visitar cinco y diez años después del final del conflicto! Porque a pesar de todas aquellas desgracias, los “nicas” son gente sumamente amable, abierta y divertida, famosos por su afición a la fiesta, el baile y la bebida, como el ron. Precisamente, en un hotel de Managua descubriría junto a Lorenzo el que se convertiría en uno de mis rones favoritos: el Flor de Caña, ¡un orgullo nacional!

La revolución, como se llamó al nuevo régimen de los sandinistas,

1 N. del A.: Las cifras y datos relativos al PIB o renta per cápita y de pobreza extrema mencionados en este libro proceden, salvo indicación en contrario, del Banco Mundial.

realizó algunos esfuerzos por alfabetizar el país y levantar la devastada economía, pero en plena Guerra Fría, Washington no iba a tolerar en su patio trasero otro gobierno de corte comunista basado en el modelo cubano. Tampoco ayudó el hecho de que la mayoría de los líderes revolucionarios que accedieron al poder carecieran de la educación o experiencia necesarias para dirigir un país arrasado como una isla tras el paso de un tsunami. Fue entonces cuando Estados Unidos apoyó la organización y financiación de un grupo armado contrarrevolucionario, la famosa Contra, que se dedicó a hostigar al ejército sandinista desde sus bases en Honduras. Al conflicto armado se unió el bloqueo económico decretado por Washington. Cerca de dos millones de nicaragüenses emigraron a Estados Unidos y Costa Rica.

Javier Reverte cuenta en su libro *La aventura de viajar* que a pesar de la guerra civil que vivía el país, y mientras en la selva se libraban cruentos combates, Managua bullía en un ambiente libertino, con juergas interminables en bares y prostíbulos adonde acudía todo el mundo, incluido el cuerpo diplomático, en una farra sin horario de cierre.

Los que no estábamos para mucha farra aquella tarde de domingo éramos los cuatro miembros del equipo recién aterrizados tras largos vuelos con prolongada escala en Miami. Yo fui el último en llegar al Intercontinental, un enorme y lujoso hotel que no me hacía mucha gracia. Su tarifa de ciento veinte dólares por noche no se amoldaba a mi bolsillo ni al mercado local, pero un correo electrónico de Ursula Müller, nuestra jefa, no dio lugar a opciones: «Nos alojaremos *todos* en el Intercontinental, donde he conseguido, gracias a mi tarjeta gold de viajera frecuente, una tarifa corporativa estupenda: ¡ciento veinte dólares!». Nada más identificarme en recepción una simpática muchacha me entregó una nota en inglés: «¡Te estamos esperando en el bar! *Ursula and the Team*.» De modo que me registré, subí a mi habitación para lavarme y me acerqué hasta el glamuroso bar del Intercontinental al encuentro de *Ursula and the Team*. No me costó dar con ellos: era el único grupo compuesto por dos hombres y una mujer. Hablaban y reían animadamente y los tres se levantaron

para saludarme.

—*Finally! Here you are!* —fue la bienvenida de Ursula mientras me tendía la mano y me plantaba dos besos—. ¡Dos *beijinhos* al estilo latino! —añadió riendo.

Me sorprendieron esos dos *beijinhos*, siendo los anglosajones algo menos propensos al contacto físico, sobre todo en un primer encuentro. Su aspecto tampoco me dejó indiferente. Muy alta y delgada, unos cuarenta años, el pelo corto y rojo peinado con un tupé. En su cara, cuadrada y de piel muy blanca y algo escamada, resaltaban unos enormes ojos azules y unos labios muy finos pintados a tono con el color del pelo. El conjunto era poco común, casi armonioso dentro de su simetría germánica. Ursula sonreía todo el tiempo.

De inmediato tomó el control de la situación y me presentó a los otros dos miembros del equipo. Mateo Colonna me estrechó la mano con seguridad y me miró con franqueza mientras se presentaba en perfecto español. Su voz era agradable y pausada. También alto y delgado, actuaba y vestía como un caballero inglés: pantalones de paño, chaqueta de patas de gallo y un pañuelo de seda alrededor del cuello. Unos cuarenta y cinco años, diría, a pesar de sus canas y de un bigote gris recortado con precisión milimétrica. No tardaría en comprobar que Mateo Colonna no sólo actuaba como un caballero decimonónico, sino que lo era en realidad. Entre ellos se erguía un tipo con aspecto de guardaespaldas pero que sonreía abiertamente. Lorenzo Orsini me estrechó la mano con fuerza y se presentó con su voz grave, también en perfecto español.

—*Did you have a good flight?* —preguntó Ursula cambiando de inmediato al inglés mientras nos sentábamos.

—Bien, agotador, ya sabéis, esa larga escala en Miami... ¿Cuál es vuestra lengua común, inglés o español?

—*English, my dear, English* —se apresuró a contestar nuestra jefa—, somos un equipo internacional, aunque todos hablemos español *perfeitamente*.

El inglés de Ursula era impecable, aunque su acento germánico la delataba. De inmediato se dirigió a un camarero que pasaba cerca:

—“Camarera”, ¡urgentemente necesitando algo aquí! Unos cervecitos o similar... —luego me miró con los ojos entrecerrados

aunque sin perder su sonrisa roja.

Me quedaron entonces claros los parámetros de comunicación de Ursula: en perfecto inglés cuando hablaba con nosotros —su *Team*—, y en su particular versión del castellano al dirigirse a la población local. Los cuatro pedimos cerveza y algo para picar.

—Sí, la escala en Miami es muy pesada —retomó Lorenzo la charla—, y los de inmigración te tratan como si fueras un delincuente.

—Bueno, no es para tanto, siempre se puede aprovechar para hacer compras —replicó Ursula.

De manera casi imperceptible, Lorenzo fue reconduciendo su opinión, para terminar admitiendo que durante su escala de varias horas en la ciudad había aprovechado para darse un paseo por una soleada Ocean Drive y comprar un ordenador portátil a precio excelente. ¿Pero entonces disfrutó o no de la escala en Miami? No me quedó nada claro.

—¿De qué parte de Alemania eres, Ursula? —pregunté.

Ella sonrió con sorna, se secó los labios con una servilleta de papel dejando un claro rastro de carmín y me dirigió una mirada glacial:

—Debes saber que hay otros países en el mundo donde se habla alemán: Austria, sin ir más lejos. Soy de Viena.

Antes de que el camarero regresara con las cervezas, ya me había explicado, además, que era ingeniera química y doctora en ciencias económicas, y que había completado parte de sus estudios en Londres, donde había descubierto «la verdadera cultura de vanguardia mundial». Incluso mencionó con gran familiaridad unos cuantos nombres de artistas totalmente desconocidos para mí. Cuando el camarero dejó sobre la mesa unos canapés, Ursula lo sometió a un interrogatorio sobre su contenido.

—Y... creo que también tienen un poco de paté, señora —confesó el muchacho, con temor en la mirada por no saber si estaba diciendo algo terrible.

Ursula tensó todos los músculos de la cara.

—Ufff, ¿tú sabiendo que algunos personas vegetas en este mundo?

El muchacho se retiró caminando lentamente hacia atrás, con la cara enrojecida y con claros signos de no haber comprendido absolutamente nada. Yo quise deducir que Ursula era vegetariana,

como muchas personas en este mundo.

—¿Y os conocíais de antes? —intenté cambiar de tema dirigiéndome a Mateo y Lorenzo.

—Sí, claro, ¡somos colegas y amigos, ja, ja, ja! —volvió a irrumpir Ursula.

Luego me explicó que Lorenzo y ella eran «*very good friends*» desde hacía algunos años —puso una mano sobre la rodilla del italiano—, y que con Mateo había trabajado en un par de ocasiones, en Mozambique y la India.

—¿Y de qué parte de Italia sois? —no me di por vencido, deseaba escuchar a mis otros colegas.

Mateo respondió con su voz agradable y pausada que era romano, donde vivía con su hijo adolescente. Lorenzo también residía en Roma, pero había nacido en Turín, «capital del Piamonte», me recordó.

—¿Y tú, Fernando? —preguntó Mateo—, tienes apellido italiano...

Le expliqué que era español, nacido en Argentina, de padre de origen italiano y madre española, como tantos otros. La conversación derivó entonces hacia viajes y experiencias profesionales. Primero fue el turno de Ursula, quien explicó con detalles que había vivido, además de en Londres, en Nueva York y un par de años en Mozambique, por eso hablaba portugués *perfeitamente*, me miró y guiñó un ojo. Mateo era ingeniero agrónomo y había trabajado largas temporadas en proyectos de desarrollo en América Latina y África, mientras que Lorenzo había pasado algunos meses en España, Estados Unidos y Argentina. Pregunté a Ursula si aquel era su primer viaje a América Latina. «En absoluto, de lo contrario, no sería la jefa de este equipo. ¿Qué tal si vamos a cenar afuera? —cambió radicalmente de tercio—, investiguemos los alrededores, ¡una pequeña aventura!» De modo que los cuatro partimos hacia aquella pequeña aventura extramuros del Intercontinental. Al salir del hotel, me preguntaba qué tipo de relación podía unir a Ursula Müller y Lorenzo Orsini. No me cuadraba.

En mis dos viajes a Managua me invadió la misma sensación: me encontraba frente a una criatura extraña y diferente. A mí se me hace una ciudad caótica, pero no a causa del tráfico o del bullicio, como México DF, Caracas o Buenos Aires, sino porque en Managua uno

echa de menos los barrios, esas zonas delimitadas por una realidad socioeconómica específica, así como un centro neurálgico. ¿Dónde está el corazón de esta ciudad? Las edificaciones, todas diferentes, se suceden sin orden, no responden a un trazado previamente planificado, al menos bajo la lógica cuadrículada de un europeo. Pero ¿no era Managua una ciudad de origen español, como la inmensa mayoría de las capitales latinoamericanas, con su esquema reticular, su plaza central, su mercado, su catedral, sus barrios, sus patios, etcétera, etcétera? Aquí, en cambio, las calles corren a su antojo, las casas y los negocios se suceden a retazos: el caos urbanístico. Sí, ya me habían explicado la razón: el espantoso terremoto de 1972 arrasó la antigua ciudad, organizada según los cánones de la época colonial, y la nueva surgió de las ruinas como bien pudo, sin respetar el trazado de su difunta antecesora. El resultado: una ciudad amorfa, pero no por ello menos original, la más extraña de América Latina, quizás.

Aquella noche caminamos una media hora abriéndonos paso a través de un calor pegajoso, casi meloso, por calles sin peatones, sobre aceras que desaparecían y volvían a aparecer, pero que siempre presentaban obstáculos prácticamente insalvables. En las calles de Managua, como en la inmensa mayoría de las ciudades de los países en desarrollo, uno debe prestar atención no sólo a los peligros que acechan a ras del suelo, como profundos baches y huecos, desagües sin tapas, trozos de vidrios y maderas con clavos, sino también a los aéreos: cables, alambres, hierros y ramas punzantes que, inexplicablemente, siempre se encuentran a la altura de los ojos.

Nos topamos al azar con un restaurante italiano sencillo pero con buen aspecto. Un cartel de madera en la puerta prometía «Pizzas a la piedra». Un italiano bigotudo y dicharachero, con pinta de ser el propietario, insistió para que entráramos. Hablaba un inglés aceptable y parecía complacido de practicarlo con un grupo de extranjeros, ignorando que dos de ellos eran compatriotas. Nos instalamos en una de las mesas con manteles a cuadros del patio, rodeados de plantas en macetas de colores. El aroma de la masa cociéndose en el horno de leña nos puso de buen humor. Ordenamos cuatro pizzas, una de ellas *absolutamente* vegetariana, «y sin trazas de huevo!». Fue entonces cuando el propietario, Lorenzo y Mateo intercambiaron algunas frases

en su lengua materna: de dónde provenían, qué nos había traído a Managua, cuánto tiempo llevaba al frente del restaurante... «¡Ok, ok, vamos a pedir un vino blanco —interrumpió Ursula la animada charla—, hay que comenzar con buen pie nuestra exitosa misión!»

A los pocos minutos el patrón regresó con la botella.

—¿Quién lo probará, señores?

—¡Yo, que fui quien lo ordenó! ¡Soy mujer pero no tonta! —el tono de la austríaca basculó entre la ofensa y el desafío.

Acto seguido, observó, olió y cató el vino como una experta *sommelier*.

—Lo siento, pero este vino está malo —sentenció arrugando la nariz y mirando desafiante al italiano, eso sí, sin perder en ningún momento su tradicional sonrisa roja.

«Adiós a los beneficios de esta noche», pensé nada más comprobar que el precio de la botella superaba el total de las cuatro pizzas. El hombre se la llevó algo avergonzado mientras olía el corcho, para reaparecer a los pocos minutos con otra idéntica. Como quien mira a su médico interpretar un análisis clínico intentando adivinar el diagnóstico a través del más mínimo gesto, observábamos a Ursula ejecutar de nuevo su ritual probatorio.

—Esta botella también está mala —dijo, aunque en esta ocasión no se atrevió a mirar al italiano a los ojos.

La vergüenza ajena se apoderó de nosotros, sobre todo al notar cómo las miradas provenientes de las mesas vecinas se posaban sobre la nuestra. Pero cuando el pobre italiano se llevaba aquella segunda botella, arrastrando pies, alma y orgullo, Lorenzo lo paró en seco:

—Déjela, me la beberé yo —le dijo en su lengua materna.

—¡Bueno, allá tú si te quieres envenenar! A mí tráigame una cerveza —ordenó Ursula con el rostro encendido como un hornillo de vitrocerámica.

A partir de ese momento comencé a mirar a Lorenzo con mejores ojos. Al final, todos —excepto Ursula, claro— bebimos aquel vino, que no sabía a elixir pero tampoco a vinagre rancio. Al irnos, dejamos sobre la mesa una buena propina para intentar arreglar el estropicio. Camino al hotel me picaron unos cuantos mosquitos, había olvidado el repelente que tan concienzudamente había acomodado en un rincón de mi maleta junto a un arsenal de artículos, algunos útiles

y otros absurdos. Pero era lo que había juzgado necesario, dada mi inexperiencia, cuando armaba mi maleta y pensaba que daba por clausurada mi vida en Málaga.

Faltaban menos de dos semanas para partir a Centroamérica. Mientras resolvía mis asuntos pendientes en mi ya ex trabajo, me afanaba en preparar el viaje, mi nueva aventura. Las tareas se agolpaban en mi mente, de modo que confeccioné una lista titulada “cosas por hacer”. Pero ésta, lejos de disminuir a medida que tachaba aquellas que iba cumpliendo, crecía sin darme tregua, como una planta carnívora en el trópico. La culpa de ello la tenía en gran parte yo mismo, que cabalgaba desbocado sobre un entusiasmo desbordado, en un afán por controlar hasta el último detalle: no podía permitirme olvidar nada “que quizá pudiera llegar a necesitar”. Ahora, a la distancia, me río de mí mismo, y lo entiendo como el tributo forzoso que debemos pagar a la inexperiencia, esa diosa algo cruel que jamás perdona a los novatos.

Algunas de aquellas tareas o compras se podían clasificar como indispensables y útiles, otras como optativas o convenientes, y no pocas entraban en la categoría de superfluas o ridículas. Pero para mí, incapaz durante aquellos días de establecer prioridades, todas eran importantísimas. Lo primero fue atravesar el pequeño monte calvario de las vacunas. A esas alturas, y tras leer con avidez los informes que me había enviado Helen Harrimore, ya sabía que tendría que visitar dos proyectos: uno de apoyo a la justicia en Nicaragua y otro de protección medioambiental en la selva hondureña, donde conocería a los indios tawahka. Precisaba, por tanto, las vacunas obligatorias, las recomendadas y la profilaxis de la malaria. Buscando cualquier pretexto, me escapaba casi todas las mañanas del trabajo para ir en busca y captura de un pinchazo, y al cabo de una semana ya podía exhibir con orgullo de aventurero en potencia todos los sellitos prescriptivos en mi certificado internacional de vacunación: fiebre amarilla, tífus, tétanos, difteria, hepatitis A y hepatitis B. También tomé la profilaxis para prevenir la malaria, unas pastillas que me provocaron unos efectos secundarios nada agradables, como insomnio y diarreas. Jamás volvería a tomarlas.

Y luego estaba el equipaje, que debía incluir, necesariamente, mi

ordenador portátil y los abultados informes y manuales, así como ropa para todo tipo de eventos y aventuras imprevistas. Y es que la imagen de mí mismo en futuras situaciones más o menos impredecibles me invadía durante las noches de profiláctico insomnio, obligándome a añadir más elementos a la lista “cosas por hacer”. Por ejemplo, desde la ventana del despacho de un ministro, en Managua o Tegucigalpa, saltaría a una camioneta todoterreno para desplazarme sin pérdida de tiempo a la selva. Allí sortearía ríos caudalosos y peligrosos badenes, mataría serpientes venenosas y me entrevistaría con los jefes indios, para luego comerme por la noche aquellas serpientes asadas y atravesadas en un palo. Después escalaría escarpados picachos, donde descendería muchísimo la temperatura, me entrevistaría con alcaldes de pueblos aislados y dormiría en tiendas de campaña, desde las que debería enviar informes vía satélite con mi ordenador portátil. Al día siguiente me cambiaría de ropa para asistir a una fiesta en la que tendría la oportunidad de entrevistar al propio presidente, y entonces...

¿No era lógico, pues, que necesitara un arsenal de ropa y un kit de supervivencia que combinara sabiamente elementos propios de Indiana Jones y James Bond? Compré un ordenador portátil nuevo; una red mosquitera multiforme, esto es: adaptable a cualquier tipo de camastro; un maletín de primeros auxilios; una navaja suiza multiuso con sacacorchos, alicata y destornillador, normal y de cruz incluidos; una linterna “*night-light*”; repelentes contra todo tipo de bichos asesinos, aunque no habitaran en los países en cuestión —¡qué más daba!—; gorras y gafas de sol; baterías; etcétera, etcétera.

Pero la gran estrella de todo este cargamento era una planchita plegable de viaje, digamos marca ACME, con la que me crucé por casualidad en una de esas tiendas casi medievales ocultas en las callejuelas del centro histórico de Málaga. Pasaba yo en mi moto y al detenerme en un semáforo la vi en el escaparate: pequeña, blanca y azul, irradiaba luz propia desde un pedestal de madera por encima del resto de los artículos expuestos. Me llamaba: «Llévame contigo de aventura por el mundo»; ¡cómo iba a dejarla allí, condenada al ostracismo! El artefacto era sorprendente, no tenía más de quince centímetros, el mango se plegaba y se insertaba en la propia plancha, tenía regulador

de temperatura para cada tipo de tejido, funcionaba con electricidad o batería y, lo mejor de todo: ¡echaba vapor! Uno vertía agua del grifo en un pequeño orificio y, al cabo de unos segundos, aquello parecía una sauna sueca. Además, se vendía con una utilísima funda de tela de teflón “de moderno diseño”. ¿Y si tenía una reunión con un personaje muy importante y el hotel no contaba con servicio de planchado? La incluí en la maleta sin dudarle, aunque para ello tuviera que quitar un par de camisas: las que se suponía que iba a planchar.

Ni qué decir que jamás utilicé la plancha ACME, que sólo sirvió durante aquella primera misión de evaluación para que Lorenzo Orsini se riera de mí al verla entre mi equipaje. Al cabo de algunos años me sacaría sin embargo de un pequeño apuro, aunque con un uso diferente del que me había imaginado. Algo similar sucedió con el maletín de primeros auxilios: siempre había una farmacia o un médico a mano. Otros artículos tuvieron un uso parcial, mucho menor o diferente del que yo había imaginado, como la linterna, la navaja suiza, la red mosquitera multiforme y los repelentes antitodo. Pero uno aprende de sus errores, salvo las personas muy sabias que aprenden de los ajenos; y al cabo de dos o tres viajes más el contenido de mi maleta mutaría considerablemente. Descubrí, por ejemplo, que mandar a lavar la ropa es, en la mayoría de los países, barato y cómodo, por lo que cedí gran parte del espacio a artículos mucho más agradables, como un buen café soluble, chocolates y galletas como complemento de la dieta local en lugares aislados, un par de libros para desconectar durante los largos viajes o las solitarias noches, y hasta una petaca con ron para las largas veladas en que uno podía disfrutar de las estrellas en soledad o en compañía de un buen colega.

Y el asunto más importante a solucionar antes de partir hacia Nicaragua aquel noviembre de 2000: ¿con quién dejar a Fermín, mi gato pelirrojo, durante dos largas semanas? No se me ocurrió mejor persona que Trini, mi ex secretaria. Vivía sola, le encantaban los animales pero no tenía ninguno («¡Musha responsabilidadá, shiquiyo!») y era una muchacha cariñosa. «¡Claro que sí! ¡Déjame a ese encanto de pelirrojo y vete tranquilo a tu rara aventura en la selva!» Ahora sí que podía partir a Centroamérica, aunque no lo hacía tranquilo, como me deseaba Trini, sino con una enorme ansiedad y no menos ilusión.

Una reunión en la Delegación de la Unión Europea en Managua, al día siguiente de aquella tensa aventura nocturna en la pizzería, marcó el inicio oficial de nuestro trabajo. El entramado era algo complejo. La Unión Europea financiaba los proyectos de cooperación al desarrollo, y éstos eran gestionados por los funcionarios de su Delegación en Nicaragua (una especie de embajada de la Unión Europea en el país). Ellos aprobaban los planes anuales, autorizaban los pagos y, de tanto en tanto, visitaban sus proyectos en el terreno para comprobar que la realidad se correspondía con los papeles que firmaban. Los proyectos eran puestos en marcha y ejecutados por un equipo de técnicos de ambas partes: nicaragüenses y europeos. Y ahora entrábamos nosotros en escena, los nuevos evaluadores contratados por la propia Unión Europea para brindarle una opinión externa y objetiva sobre la marcha de los proyectos.

En un salón de paredes blancas donde se exhibían las banderas de los países miembros de la Unión, nos aguardaban unos desinteresados y ensimismados funcionarios. La larga mesa de reuniones la presidía el jefe de la Delegación, un señor español de pelo canoso y con aspecto de encontrarse al borde de la tan ansiada jubilación. En la jerga de la consultoría internacional estas reuniones se denominan *briefings*, y tienen por objeto presentar al equipo e intercambiar información y documentos básicos y relevantes para nuestro trabajo. Ursula comenzó presentando a *su Team* acompañada de su mejor sonrisa roja, para dedicarse luego a leer con naturalidad forzada, esta vez en correcto español, el objetivo de nuestra visita, la metodología del nuevo sistema de evaluación implantado por la sede de la Unión Europea en Bruselas y la logística de nuestro trabajo. Luego me enteraría de que había sido el propio Lorenzo quien preparara aquellos apuntes en español para nuestra jefa.

Noté cómo el jefe de la Delegación y otros funcionarios se removían incómodos en sus sillas. Para muchos de ellos, los proyectos que gestionan terminan convirtiéndose en hijos pequeños. Bien es cierto que ya padecen bastantes problemas burocráticos como para que, encima, se presente un grupo de expertos externos enviados por la sede de Bruselas a “criticarles” su trabajo, a pesar de que ése no era, desde

luego, nuestro objetivo. El jefe nos dio una formal y fría bienvenida y nos explicó de pasada dos o tres aspectos sobre la situación actual del país y las relaciones con las autoridades y ONG responsables de la ejecución de los proyectos a evaluar. «Y ahora me van a disculpar, pero tengo muchas cosas que hacer. Espero que este nuevo invento de Bruselas nos sea de alguna utilidad», sentenció el señor canoso antes de despedirse.

En la habitación del hotel había continuado con la lectura de algunas notas en mi cuaderno. La paz en Nicaragua no llega hasta 1990. El entonces presidente sandinista Daniel Ortega, uno de los personajes clave en la historia reciente del país y que a través de los años ha mutado de sus sempiternos trajes militares verde oliva a unas inmaculadas camisas blancas, accede a convocar elecciones generales y democráticas. A cambio, la Contra debe abandonar las armas y sus bases en Honduras. No nos olvidemos de que por entonces la Unión Soviética, principal soporte de los regímenes comunistas en el mundo, se desmorona como un terrón de azúcar mojado, facilitando el desbloqueo de conflictos enquistados como parásitos en medio planeta.

Inesperadamente, las elecciones las gana una mujer con aires de madre conciliadora: Violeta Barrios de Chamorro, candidata por una coalición de partidos opositores a los sandinistas. Recuerdo perfectamente aquel momento con alegría, cuando los nicaragüenses manifestaron en las urnas su rechazo a las guerras y los regímenes autoritarios, cualesquiera fueran sus banderas. En otras palabras, su hartazgo de violencia, miseria e ignorancia. Sin embargo, como solía pasar por entonces en América Latina tras la resaca de una fiesta democrática, las cosas no sucedieron tan bien como se esperaba. Violeta Chamorro fue en gran medida rehén de los sandinistas y el país sufrió nuevamente desgobierno, revueltas populares y descalabros económicos. Los dos gobiernos que sucedieron a Chamorro no consiguieron gran cosa, y en el de Arnoldo Alemán, de 1995 a 2002, se acumularon los escándalos de corrupción y enriquecimiento ilícito.

En aquella situación se había gestado el proyecto de apoyo a la justicia que Lorenzo y yo comenzábamos a evaluar esa misma tarde

de lunes. En la oficina del equipo responsable de su ejecución nos recibieron Rosa y Fernando, los codirectores. Rosa Margallo, la codirectora nicaragüense, era una jueza de unos cuarenta años, de piel morena y cara y sonrisa amables. Representaba a la autoridad nacional, la Corte Suprema de Justicia. Felipe del Río, jurista español experto en derecho registral, actuaba como codirector europeo en representación de los intereses de la Unión Europea. Segoviano, fornido y en torno a los sesenta años, respondía a los tópicos del hombre castizo: directo, algo rudo en el trato y campechano. Además, soltaba tacos a menudo.

En nuestra primera reunión, días antes de que Lorenzo y yo habláramos con aquel hombre encadenado a un árbol, y sentados en torno a una mesa redonda y frente a unas tazas de café, Rosa tomó la palabra para resumir la situación que había dado lugar a la puesta en marcha del proyecto. Desde el final del conflicto armado y el retorno a la democracia a principios de los años '90, el sistema judicial nicaragüense se encontraba en una situación bastante penosa. Edificios destartalados, equipos de oficina arcaicos o inexistentes, jueces y magistrados con escasa o nula formación judicial, etcétera. «Además, el registro de la propiedad prácticamente no ejerce ninguna función en este país nuestro, en el que la propiedad de la tierra es aún un tema conflictivo, casi tabú, tras muchos años de socialismo fallido», dijo en tono de excusa pero siempre sonriente. «Sí, ¡un follón de cojones! —continuó Felipe del Río—. Por eso la Corte Suprema de Justicia de Nicaragua y la Unión Europea firmaron un convenio para poner en marcha este proyecto, que, como sabréis por los documentos que tenéis —dijo señalando nuestros papeles sobre la mesa— en el plazo de cuatro años y con una aportación a fondo perdido de la Unión Europea de cinco millones y medio de euros, tiene tres objetivos: mejorar la formación de los jueces; modernizar y hacer operativo el registro civil que mencionaba mi querida colega, dotándolo de una nueva ley; y mejorar y equipar los edificios y juzgados que están hechos polvo, ¡ya lo veréis!» Luego revisamos juntos la agenda de visitas de los próximos días que Rosa y Felipe habían organizado para nosotros.

Lorenzo Orsini era jurista —como yo— y había ejercido la abogacía en Roma, por lo que nos sentimos más o menos cómodos en nuestros recién estrenados trajes de evaluadores, al menos en cuanto a

la temática y el lenguaje del proyecto. Durante los dos primeros días que pasamos en Managua, visitamos varios juzgados y el centro de formación para el personal de la judicatura, entrevistamos a un buen número de personas, desde el equipo encargado de ejecutar el proyecto al presidente de la Corte Suprema, pasando por jueces, abogados, fiscales, secretarios y algunas personas que interponían demandas o llevaban a cabo trámites judiciales.

A Lorenzo le gustaba dirigir las entrevistas, pero a pesar de cierto afán de protagonismo me dejaba espacio para intervenir. Solía asentir con la cabeza cuando era mi turno de preguntar, levantando las cejas al mismo tiempo, como queriendo decir “a mí no se me había ocurrido”. Se lo veía muy seguro de sí mismo y conectaba rápidamente con las personas, ya fueran cultas y con poder o humildes y analfabetas. Transmitía una franqueza mediterránea innata y, como un médico rural con sus pacientes más desamparados, trataba a todos con mucha educación y paciencia. Lorenzo poseía el raro don de hacer sentir cómoda a la gente con la que hablaba. No se rendía hasta obtener la información que buscaba, preguntando desde diferentes ángulos la misma cuestión sin que su interlocutor pareciera darse cuenta. Aprendí bastante a su lado.

El presidente de la Corte Suprema de Justicia de Nicaragua nos recibió con ceremonia y protocolo en su enorme y pomposo despacho, amueblado con sillones de cuero negro estilo chéster y decorado con cuadros de marcos dorados en los que aparecían próceres nacionales hirvientes de patriotismo. Detrás de su mesa había una foto suya en la que se lo veía ufano posando junto al entonces presidente de Nicaragua, Arnoldo Alemán, cuyo gobierno sería recordado como uno de los más corruptos de la historia del país. El juez era un señor orondo, mofletudo y con papada, tenía el pelo rizado y plateado y usaba unas gafitas igualmente redondas. Cuando al presentarnos comprobó que Lorenzo y yo, los evaluadores, éramos en realidad un par de jóvenes, no dejó de sonreír relajadamente y con aire socarrón durante la hora que duró la entrevista. No paraba de mirarse las uñas como si le preocupara lastimárselas tras una larga y costosa manicura. En todo ese tiempo no dijo casi nada útil para nuestro trabajo, y eso que lo acribillamos gentilmente a preguntas. Parecíamos dos indios

inexpertos en las lides de la caza lanzando flechas endebles sobre un hipopótamo con la piel demasiado gruesa.

Cuando le pregunté si se habían previsto partidas presupuestarias para garantizar el mantenimiento de los nuevos edificios y equipos donados por el proyecto, nos respondió un rotundo «no se preocupen, *muchachos*, nos haremos cargo». Eso sí, hinchando el pecho donde sólo faltaba una banda presidencial, nos soltó una bella y solemne perorata sobre la importancia de contar con un poder judicial fuerte, independiente y respetable. Sus ojillos brillaban entusiasmados. Al poco, mi mente se transportó a la época universitaria, y me vi a mí mismo sentado en el aula magna de la Facultad de Derecho, adormilado por el calor estival y por la cansina voz de un catedrático que impartía una soporífera clase magistral. A punto de terminar la entrevista, un disimulado codazo de Lorenzo me rescató de mi estado hipnótico. «Gracias por el apoyo financiero que nos han brindado, y regresen cuando quieran», le escuché decir al despedirnos. Me apresuré a aclararle que nosotros no teníamos nada que ver con la financiación del proyecto, pero aquel gran hombre se encontraba hablando por teléfono y ya no nos prestaba ninguna atención.

Una vez en el hotel, y mientras bebíamos una cerveza bien fría para intentar quitarnos el calor y la sensación de tibia derrota de aquella entrevista, Lorenzo y yo nos cuestionábamos si fue que no supimos formular las preguntas adecuadas, si el modo no había sido el correcto, o si, sencillamente, no estábamos investidos de la autoridad necesaria.

—¿Sabes qué pienso? —dijo el italiano—, que el poder suele ser inversamente proporcional al conocimiento técnico, por no mencionar la integridad personal.

—Puede que tengas razón —respondí—, pero también creo que no dar información es en cualquier caso algo revelador a la hora de evaluar un proyecto, ¿no te parece?

Lorenzo me invitó un cigarrillo y aproveché para cambiar de tema, sentía curiosidad sobre su relación con Ursula y ahora que parecíamos tener más confianza se lo pregunté:

—¿Cómo es que Ursula y tú sois *very good friends* desde hace años? Lorenzo sonrió con ironía antes de contestar:

—Sí, bueno, supongo que somos amigos, a pesar de que sólo nos

hemos visto tres veces, incluida ésta.

Había conocido a la austríaca por pura casualidad, hacía cinco años. Lorenzo disfrutaba de una beca en un instituto de investigación en Barcelona, que a su vez había organizado una conferencia entre políticos y empresarios europeos y latinoamericanos en la ciudad alemana de Colonia. Lo llevaron para colaborar en la organización, ya sabía yo cómo era eso, como carne de cañón, distribuir documentos, instalar equipos, lamerles el culo a los asistentes... El italiano rió. Pero él fue encantado, nada mejor que una conferencia internacional en un hotel de lujo para comer bien, sobre todo si eres un becario muerto de hambre; conocer gente y hacer contactos. Durante una cena se sentó por pura casualidad junto a Ursula, y así comenzó todo. Lorenzo bebió un buen trago de cerveza antes de continuar:

—Luego quedamos en contacto, la vi una segunda vez en Roma, hace cosa de un año, y ahora.

—¿Fue a través de ella que te enteraste de este trabajo?

—Exacto. Ursula sabía que estaba harto de mi bufete de abogados en Roma. Supongo que estoy en deuda con ella —añadió en un tono algo más solemne.

—Bueno, yo creo que todos nos complementamos en este equipo tan variopinto... su español no es, hmmm, cómo decirlo...

—¡Ja! Ya lo sé —me interrumpió—, es un español “gracioso”, por eso intento ayudarla con sus discursos e informes, como la presentación de ayer en la Delegación de la Unión Europea.

Ursula y Mateo habían partido a otras zonas del país, de manera que en nuestras relajadas cenas en solitario Lorenzo y yo intercambiábamos impresiones sobre lo que habíamos visto y oído durante el día, organizábamos una suerte de estrategia para el siguiente y nos distribuíamos los temas o preguntas pendientes. Nos entendíamos bastante bien, Lorenzo siempre simpático y con buena charla. Aquellas veladas eran también la ocasión para conversar sobre temas algo más personales y divertidos. Esa noche, luego de cenar, y mientras descubríamos las excelencias del ron Flor de Caña en el jardín del hotel, me interesé por su vida personal.

Lorenzo se remontó a su adolescencia, y me contó que se había marchado de Turín a los dieciocho años, poco tiempo después de

finalizar la escuela secundaria. «Mi familia tenía dinero, pero mi padre se fundió la herencia de mi abuelo en negocios inverosímiles y con sus amantes, casi todas secretarias de tres al cuarto —continuó el relato en un tono de voz que parecía de confesionario—. Cuando cumplí quince años a mis padres se les acabaron las ganas de seguir peleando y se divorciaron. Harto de Turín, tan conservadora y provinciana, y de todo lo que me rodeaba, me fui a Roma con unas cuantas liras en el bolsillo, lo que me dieron por la venta de mis esquís y mi bicicleta de carrera. Sólo tenía un contacto en Roma: un primo lejano dueño de un restaurante.» Su tono era ahora más animado frente al recuerdo de aquella aventura juvenil.

La historia me atrapó de inmediato. Pedimos dos copas más al camarero, demasiado entretenido sirviendo a dos guapas morenas apostadas en la barra del bar y que no paraban de mirar a Lorenzo de forma casi descarada. Luego de paladear un trago de Flor de Caña, el italiano continuó. En su nueva ciudad trabajaba durante el día en el restaurante de su primo, cocinando y sirviendo millones de platos de pasta a pesados turistas, y por las noches estudiaba derecho en la Universidad de Roma. Y así durante cinco interminables años. «Siempre andaba con sueño, y a veces dudo si algunas de las cosas que recuerdo de esa época pasaron de verdad o si las soñé mientras cabeceaba sentado en un banquito en la cocina, ¡ja, ja, ja! Cuando acabé la carrera me fui unos meses a perfeccionar mi inglés a Pensilvania, con el objetivo adicional de pasarme el día ligando con rubias tetonas, ya sabes, modelo Pamela Anderson.» No pude más que reírme abiertamente en aquel punto del relato. Pero los ahorros apenas le alcanzaron para pagar el pasaje y la matrícula del curso de inglés, de modo que Lorenzo se vio obligado a trabajar, ahora como inmigrante ilegal, en un restaurante tex-mex, donde un mexicano gordo y con muy mala leche lo hacía servir a los clientes imitando un español chilango.

En ese momento, una de las morenas del bar alzó la copa en dirección al italiano, quien respondió con el mismo gesto y una sonrisa al más puro estilo Bruce Willis. La chica comenzó a reírse y a pavonearse frente a su compinche de barra.

—Y como guinda del pastel—continuó tras encender un cigarrillo—, se me ocurrió la brillante idea de casarme con una americana rubia, un

espejismo de Pamela Anderson. Pero esa historia no duró más de unos meses y terminamos tirándonos los platos a la cabeza. Entonces volví a casa y me puse a buscar un trabajo serio.

—¡Vaya vida de novela! —le dije mientras seguía riéndome—. ¿Y ahora tienes novia?

Lorenzo dejó de mirar hacia la barra, sus ojos se iluminaron y se volvieron de un celeste intenso, relajándose visiblemente. Tras un nuevo sorbo de ron, me dijo sonriendo:

—Sí, se llama María. Es española, una tía genial, guapa, inteligente y libre como el viento. Hace un par de años vino a hacer unas prácticas en el bufete de abogados donde yo trabajaba y ya no la dejé escapar. ¡Tienes que venir a visitarnos a Roma!

—De acuerdo, ¡por Roma! —exclamé mientras alzábamos nuestros vasos y nos liquidábamos el Flor de Caña a la salud de la Ciudad Eterna.

Las morenas de la barra habían desaparecido sin dejar rastro, y nosotros, achispados pero cansados, decidimos irnos a dormir. Creo que fue entonces cuando pensé por primera vez que Lorenzo y yo podríamos llegar a ser buenos amigos.

Me encantaban los desayunos en Nicaragua, el tradicional gallo pinto —una contundente mezcla de arroz y frijoles—, un plátano maduro o verde frito, y huevos fritos con queso. Energía garantizada para una dura jornada de trabajo con temperaturas en torno a los treinta grados y una humedad del 80%. Fue durante nuestro viaje hacia Matagalpa y Estelí, donde conoceríamos a Modesto encadenado a un madroño en el patio del juzgado, que Rosa nos contó que se había unido al ejército sandinista durante la guerra civil. Incluso había combatido a la Contra en la frontera con Honduras. «Cuando terminó la guerra y los sandinistas perdimos las elecciones del '90 —añadió—, yo me arimé a la corriente reformista de Sergio Ramírez, que había sido vicepresidente durante el gobierno de Daniel Ortega, pero al poco tiempo todos nos dimos cuenta de que la izquierda en Nicaragua no va a ningún lado sin Daniel Ortega», concluyó en tono de desencanto.

—¡Vaya coñazo y pérdida de tiempo que es la política y la guerra! —alzó la voz Felipe del Río desde el asiento delantero del todoterreno.

—Hoy en día la mayoría de los sandinistas están desencantados, como yo... ¡Y vale, Felipe, tienes razón, hombre! —exclamó Rosa imitando el acento castizo de su colega.

Era obvio que Rosa y Felipe procedían de espectros sociales y políticos opuestos, pero también se notaba que se respetaban y que se habían acostumbrado a trabajar juntos y hasta a reírse de ellos mismos.

En medio del destartado y desolador panorama que visitamos durante aquella semana, no era de extrañar que todas las personas que entrevistamos manifestaran su apoyo y agradecimiento hacia el proyecto. Principalmente en lo que tenía que ver con la mejora y construcción de edificios, la compra de equipamiento y, en menor medida, la formación de magistrados, que en la inmensa mayoría de los casos habían pasado de la facultad a la judicatura sin ningún tipo de formación o prácticas complementarias. El viernes por la tarde mantuvimos nuestra última reunión de trabajo con Rosa, Felipe y gran parte del equipo del proyecto. Lorenzo y yo resumimos las conclusiones preliminares que tan concienzudamente habíamos preparado la noche anterior. Fue entonces cuando descubrí otro rasgo del carácter del italiano: su prodigiosa memoria. Si bien le costaba retener nombres de lugares y personas, se acordaba de los más mínimos detalles de sus historias y de las conversaciones mantenidas con ellas; de lo que llevaban puesto, de las expresiones de sus caras y del mobiliario de la habitación o la oficina de turno. Tenía una memoria fotográfica.

El proyecto resultaba, a todas luces, pertinente, porque respondía con claridad a los problemas de la justicia nicaragüense, si bien de manera limitada y fragmentada. Sin embargo, cojeaba en el tema de la formación para jueces y funcionarios y en el apartado del registro de la propiedad. Los cursos que se impartían eran útiles pero inconexos, no formaban parte de ninguna secuencia de formación de largo alcance. Es decir, se carecía de un plan de formación para la judicatura. Por otro lado, la ley para el registro civil desarrollada y propuesta por el proyecto chocaba con otra que había elaborado y financiado el Banco Mundial. Esto, que en la práctica implicaba haber pagado dos veces por el mismo producto, suponía una clara y vergonzosa muestra de falta de coordinación entre donantes y el Gobierno de Nicaragua. En no pocas ocasiones sería testigo de ejemplos similares, como el caso de

unas letrinas en una escuela rural al norte de Bolivia.

Estas debilidades reducían el impacto potencial del proyecto que, recordemos, buscaba incrementar la seguridad jurídica y, en definitiva, mejorar las condiciones de vida de los nicaragüenses. Finalmente, manifestamos nuestras dudas sobre su sostenibilidad, ya que el mantenimiento de los nuevos edificios, equipos y la continuidad de la formación no estaban para nada garantizados, a pesar de las palabras de buena voluntad que nos soltó el presidente de la Corte Suprema. Pero aún faltaba un año para la finalización del proyecto, y Felipe y Rosa coincidieron con nuestro análisis, asegurando ser conscientes de aquellos desafíos, aunque discutieron bastante entre ellos sobre la forma de abordarlos. «Parecen Tom y Jerry, pero funcionan bien juntos», me susurró Lorenzo.

Cuando nos quedamos solos los cuatro en la sala de reuniones, Rosa y Felipe nos invitaron a pasar el fin de semana con ellos en un velero por las aguas del Caribe. Lorenzo y yo nos miramos, y el mar verdoso y transparente, junto con unos cuantos mojitos, se pasearon por delante de nuestras pupilas. Pero algo nos indicaba que no era una buena idea, y cuando nos dejaron en nuestro hotel rechazamos gentilmente la invitación. No creo que hubiera ninguna intención oculta en aquella oferta, sobre todo porque Rosa y Felipe estaban totalmente de acuerdo con nuestro análisis preliminar sobre la marcha y las debilidades del proyecto. Esa noche durante la cena comentamos el asunto con Ursula y Mateo, ya de regreso en Managua. Mateo abrió los ojos divertido y Ursula no pareció sorprenderse. En realidad, Ursula nunca parecía sorprenderse por nada. «Hay que tener mucho cuidado con la típica corrupción latina», sentenció antes de beber un sorbo de vino blanco que acababa de servirle un guapo camarero, y que en esta ocasión no había provocado la más mínima queja.

El domingo por la tarde Ursula y yo volábamos hacia Honduras para comenzar juntos la evaluación de nuestro segundo proyecto. Lorenzo hacía lo propio en dirección a El Salvador y Mateo permanecía en Managua. A la par de un desafío profesional, Honduras se presentaba ante mí como una pequeña y anhelada aventura, aquella que me permitiría dejar atrás el tedio de una aburrida y previsible vida urbana:

¡la selva! Nunca había estado de verdad en la selva tropical, pues no me atrevía a incluir en mi escuálido currículum aventurero un par de viajes, modelo turista clásico, a las impresionantes cataratas del Iguazú.

Tras hacer noche en un sencillo hotel de Tegucigalpa, capital y principal ciudad de Honduras de cerca de un millón y medio de habitantes, Ursula y yo desayunábamos a las seis de la mañana, con los ojos abiertos pero no necesariamente despiertos. Sobre nuestra mesa: pan, mantequilla, mermelada y Nescafé.

—¡Nuevamente sólo habiendo Nescafé! —se quejó mi compañera de viaje ante una camarera regordeta.

—¿Le traigo un tecito, señora?

Bien es cierto que a ambos nos llamó la atención, tanto en Nicaragua como en Honduras, lo difícil que resultaba encontrar y beber “café de verdad”, o natural, habida cuenta de la fama de productores de buenos granos de estos países. Imagino que la situación habrá cambiado, sobre todo en los hoteles, pero por aquel año 2000 sólo se conseguía, con suerte, Nescafé. ¿Por qué sería? ¿Quién se bebía el buen café centroamericano?

Media hora más tarde se presentó en nuestro hotel el director del proyecto financiado por la Unión Europea y ejecutado por ICADE, una ONG hondureña muy activa y con larga presencia en la zona. Pedro Bayona aparentaba unos treinta y cinco años, aunque luego confesaría tener diez más. Era muy moreno, alto y fibroso, y llevaba encajada una gorra de béisbol azul de los Yankees que no se quitaría durante los cuatro días que anduvimos juntos. Naturalmente abierto y campechano, Pedro siempre estaba de excelente humor. Congeniamos desde el instante en que nos montamos en su camioneta japonesa de color rojo con nuestras mochilas y una buena dosis de entusiasmo. Nos explicó que era ingeniero agrónomo y que llevaba años trabajando para ICADE. Conocía muy bien la temática del proyecto y todo lo relacionado con la selva tropical. En otras palabras, Pedro resultó ser uno de esos escasos especímenes de profesional eficaz, divertido y comprometido con los que da gusto trabajar; de ésos con quienes aprendes un buen puñado de cosas útiles.

El área de intervención del proyecto, denominado Protección del Bosque Húmedo Tropical en la Biosfera Tawahka Asangni, se

encontraba en la región de La Mosquitia, al este de Honduras, una zona altamente sensible desde el punto de vista ecológico. En ella cohabitan principalmente tres grupos con intereses antagónicos: los indios tawahka —sus pobladores autóctonos—, los ladinos o mestizos y los grandes productores ganaderos con influencias económicas y políticas. Me llamó la atención la utilización del término ladino para designar a los mestizos, ya que para mí tenía una connotación peyorativa, de personas malintencionadas o que ocultan sus verdaderas intenciones. «Ésa es la forma en que los indígenas de varios países de Centroamérica llaman a los mestizos —me explicó Pedro—. No sé si tiene un origen peyorativo o insultante, aunque no me extrañaría, teniendo en cuenta los enfrentamientos entre los dos grupos.»

Abandonamos Tegucigalpa, ya abarrotada a esas horas de un caótico, humeante y destartado tráfico, en dirección a Catacamas, último pueblo accesible en vehículo antes de entrar en la reserva de la biosfera. Apenas nos separaban de Catacamas unos ciento sesenta kilómetros, pero el viaje nos llevó cerca de seis horas, tal era el pésimo estado de una carretera serpenteante y bastante traicionera. Ignoro si habrá mejorado, pero por entonces gran parte del trayecto discurría por pista de tierra. Sorteábamos interminables baches y socavones, algunos tan grandes como cráteres, y vadeábamos ríos y arroyos que habían perdido sus puentes por la furia destructiva del huracán Mitch, que asoló Centroamérica en 1998. «No saben lo que fue aquello, ese río de allí, por ejemplo, arrastraba cuerpos de personas y animales, tejados, vehículos..., fue horrible», nos contaba Pedro. Además del mal estado del camino, unos enormes, coloridos y vetustos camiones nos impedían el paso durante kilómetros, hasta que lográbamos rebasarlos, no sin riesgo, en alguna recta.

Pero el dilatado viaje nos brindó la oportunidad de conversar con Pedro sobre aspectos relacionados con la zona y el proyecto, en una suerte de “*briefing* sobre ruedas”. Esto me sucedería con frecuencia en futuras misiones de evaluación, en las que uno debía aprovechar hasta el último minuto y recóndito lugar para absorber como una esponja la mayor cantidad posible de información en un tiempo muy limitado. Recuerdo una ocasión varios años más tarde, en el norte de Tailandia, cuando Emiliano —“el Mexicano”— y yo mantuvimos una reunión

final con el equipo del proyecto en un karaoke de carretera, rodeados de sufridas prostitutas y clientes borrachos y bajo el ruido atronador de una música machacona.

De modo que Pedro nos refrescó la información sobre el proyecto que ya habíamos leído en los documentos. El objetivo general era contribuir a la conservación de la selva tropical y de la biodiversidad de la Biosfera Tawahka Asangni a través de tres ejes de intervención: fortalecer las capacidades de los ladinos y de los indios tawahka para proteger los recursos naturales, esto es: sensibilizarlos sobre el tema y brindarles educación medioambiental; otorgar protección legal a la zona a través de la promulgación de un decreto para la creación de la reserva de la biosfera, algo similar a establecer un parque nacional; y mejorar la seguridad alimentaria de sus pobladores mediante la introducción de técnicas agrícolas y agroforestales sostenibles que no dañaran el medio ambiente.

Sobre la una de la tarde alcanzamos nuestro destino. Catacamas resultó ser un pueblo pulcro y ordenado, con plazas, jardines y calles reticuladas, y graciosas casitas pintadas de blanco, amarillo o celeste con techos de tejas. Al fondo se divisaban suaves colinas verdes: «La antesala de la selva», pensé. A las afueras del pueblo nos esperaba otro miembro de ICADE junto a tres muchachos de la etnia tawahka. Éstos no paraban de escrutarnos, como si Ursula y yo fuéramos dos seres de Júpiter recién aterrizados en Catacamas. Junto a ellos, amarradas a un travesaño de madera, comían pasto espantando un mar de moscas con sus colas cuatro mulitas inquietas: nuestro siguiente medio de transporte. El destino final era uno de los poblados indígenas más próximos dentro de la reserva de la biosfera, a unas cinco horas más de camino. «Por el contrario —aclaró Pedro para nuestro asombro—, para llegar al corazón de la biosfera se necesitan unos tres días de marcha por senderos casi inaccesibles y algo peligrosos. Allí hay aún muchos grupos de indígenas no contactados, que nunca han visto a una persona como nosotros.» Esta última revelación me transportó por unos segundos al fantástico mundo de la infancia y los comics.

Las mulas eran pequeñas pero se las veía robustas. Nada más comprobar mi tamaño, los chavales me asignaron sin dudarle la más grande, un bonito animal de pelaje marrón y patas negras. Aun así,

cuando hube montado mis pies quedaron a escasos diez centímetros del suelo. Todos en el grupo soltaron unas cuantas risotadas. Ursula montó sobre una algo más delgada y blaucuzca, de patas, crines y cola marrones. Los muchachos tawahka nos explicaron que aquellos animales hacían el trayecto entre el poblado y Catacamas dos o tres veces por semana, transportando hortalizas y otras mercancías.

—¿Usted es americano? —me preguntó uno de ellos.

Se llamaba Medardo y era, a todas luces, el mayor y jefe de la pandilla.

—No, no soy americano, vengo de España.

«¿Sabe inglés? ¿Tiene chicles? ¿Está casado?», continuó el interrogatorio por parte de los tres, mientras me observaban divertidos como si fuera un oso de circo montado en una bicicleta.

Charlamos bastante durante el camino, y aunque me costó un poco convencerlos de que no era estadounidense y que no llevaba chicles, les enseñé algunas palabras en inglés. Ellos las repetían a coro como loros y se partían de la risa. Aquella excursión al poblado tawahka fue el momento más hermoso de todo el viaje, y aún hoy lo recuerdo como uno de los más intensos de los que viví durante mi etapa de evaluador. Al principio, el camino algo enfangado discurría dócil, bordeando suaves colinas y verdes montes. Al observar la densidad casi sólida y la negrura de unas nubes que se asomaban por el horizonte, imaginé la violencia de la lluvia en aquellas tierras aún poco habitadas. Ursula montaba con gran estilo, erguida y rígida, la mano izquierda sujetando las riendas y la derecha apoyada con garbo en la cintura. Sonreía sin parar, al tiempo que me explicaba que en su querida Viena era propietaria de dos caballos pura sangre: «Ahora no los monto con mucha regularidad, ¡ya sabes cuánto viajo por el mundo!».

Se distinguían muchos claros sin vegetación, en los que apenas había cultivos, algún cebú solitario, un par de vacas, quizás. Eran las evidentes consecuencias de la práctica del desmonte, llevada a cabo por los ladinos y los ganaderos, y que consiste en cortar indiscriminadamente toda la vegetación en un área determinada de la selva. Así es como se reduce, paulatina e implacablemente, un ecosistema fundamental para toda la región centroamericana. Los bosques tropicales descansan sobre suelos de textura arenosa, con pendientes muy susceptibles de erosión, por lo

que su capacidad productiva es muy limitada. Esto quiere decir que las tierras “desmontadas” son utilizadas para cultivo hasta que se agotan, generalmente tras cuatro o cinco ciclos de producción. Entonces, la tierra, vacía como una anciana yerma, se convierte en pastizal o se abandona, y el proceso de desmonte continúa un poco más allá, más adentro de la selva. Recordé entonces las palabras de Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas*: «Senderos, senderos por todas partes, una red de senderos marcada sobre la tierra vacía, a través de tierras altas, a través de las hierbas quemadas, a través de los matorrales, subiendo y bajando barrancos helados, subiendo y bajando colinas pedregosas y ardientes. Y soledad, soledad.»

Al rato comenzamos a cruzar riachuelos, bajando y subiendo, una y otra vez, por escarpados barrancos repletos de lodo. ¡Qué privilegio ir montado sobre uno de aquellos nobles y fuertes animales! Sentía una gran fascinación y no paraba de sacar fotos en todas las direcciones, con la ilusión de capturar pedacitos de selva para recomponerlos luego en casa como si se tratara de un rompecabezas verde fluorescente. Había coníferas y otras muchas especies de árboles y plantas, «más de doscientas especies, incluyendo caoba y cedro», nos explicó Pedro ajustándose la gorra.

A las dos horas de camino Ursula se detuvo en seco y se apeó de su mula.

—¿Qué sucede, Ursula, necesitas un descanso? —preguntó Pedro solícito.

—¡No necesitando descanso! —su sonrisa roja se había apeado varios kilómetros atrás—. ¡Sucede que mula mía quebrada! —añadió a gritos señalando con ambos brazos al animal.

—¿Cómo que la mula está quebrada?

—¡Sí, quebrada, quebrada, quebrada! Yo caballos en Viena, ¡yo conoce! —continuó a voces mientras lanzaba una furibunda mirada en dirección a Medardo y sus compañeros, quienes la observaban entre curiosos y divertidos.

Pedro preguntó a Medardo si le sucedía algo a aquel animal.

—La mula está un poco viejita, pero hace este camino todas las semanas, y mucho más cargada que con la señora —aseguró el muchacho.

—Claro, no lo van a admitir —Ursula se dirigió a mí en inglés mientras se secaba unos hilos de sudor de la cara—. ¡Si no, no podrían cobrarnos por el viaje!

—¿Quieres cambiar de mula? —me ofrecí.

—¡Por supuesto que no, tú pesas muchísimo más que yo, pobre mula, sois todos inhumanos! ¡Y déjame en paz! —me increpó, ya sin poder contener un par de lagrimones.

Supongo que el cansancio comenzaba a pasarnos factura, algo muy comprensible. Sea como fuere, Ursula realizó el resto del trayecto, unas tres horas más, a pie, con el fango y el agua llegándole a las rodillas, la pesada mochila al hombro y tirando de la mula como si de un perro rebelde se tratara. Una hora más tarde de aquel incidente nos adentramos en un túnel de vegetación tan verde y espeso que infundía temor, y del que no emergimos hasta el día siguiente, cuando regresamos por el mismo camino. Habíamos entrado oficialmente en las fauces de la selva, una criatura tan fascinante como peligrosa e incómoda para un habitante del cemento. Y luego, durante dos horas más, el verde absoluto, el vacío primigenio, lo que seguramente fue la Tierra en sus comienzos.

Entre unas ramas divisamos algunos monos de cara blanca, y más allá unos monos araña. Tras una curva se cruzó a escasos metros de nosotros, espantado como un espectro, un fiero jabalí, para desaparecer a una velocidad increíble entre unos matorrales.

—¿Qué otros animales hay en la biosfera? —pregunté a Pedro.

—Aparte de monos y jabalíes, hay venados, tapires, armadillos y mapaches. También loros, águilas arpías, pavos y gavilanes.

—Y serpientes, me imagino... —añadí en tono inquisidor.

—Sí, claro, y algunas bastante venenosas. Pero no te preocupes, llevamos un botiquín con varios tipos de antídotos. Yo mismo me he inyectado en más de una ocasión tras una mordedura, y aquí sigo, más pesado que antes, según afirma mi mujer, ¡ja, ja, ja!

Alcanzamos el poblado tawahka sobre las seis de la tarde, casi doce horas después de haber abandonado Tegucigalpa, que con sus grises edificios y su caótico tráfico se me hizo un planeta a años luz de distancia. A juzgar por los fogones y el olor a verduras cocidas y carne asada, los tawahka se preparaban para la cena.

El poblado es muy pobre, sin llegar a ser miserable, y se respira un ambiente limpio y organizado. Las casas, de madera o bambú y con techos de hojas de palma, descansan sobre pilotes. En uno de los laterales de un espacio libre de vegetación con aspecto de plaza comunal se levanta un centro de salud, también de madera. Está relativamente bien equipado, incluso cuenta con una radio de comunicaciones. Según un informe de la UNESCO, los indios tawahka de Honduras constituyen un pequeño grupo de unas mil quinientas personas, que junto con los que habitan en Nicaragua, suman en total unos nueve mil. A pesar de las influencias externas, aún conservan elementos de su propia cultura que los distingue como pueblo. Su lengua materna es el tawahka, pero también hablan mikito y español. En la organización social domina la familia extensa y los ancianos son respetados, siendo ellos quienes toman las decisiones familiares y preservan las tradiciones, mitos y rituales. Los mayores forman los gobiernos locales, o consejos de ancianos, considerados la autoridad máxima de la comunidad. La ancianidad entre los tawahka no significa soledad y desocupación. Pero cuando a un tawahka las fuerzas lo abandonan y se siente una carga para su familia, se deja morir. Los ríos, montañas y la selva son para ellos bienes preciados que sus ancestros les legaron de generación en generación.

Son bajitos —algunas de las mujeres no superan el metro cincuenta—, muy morenos, con los ojos achinados y la cara redonda como una hogaza de centeno. La mayoría nos sonreían, los niños y los más jóvenes mostrando unos dientes blancos como perlas. Las mujeres llevaban el pelo recogido en coletas o trenzas, muy negro, y con una raya en medio tan recta que parecía trazada con regla. Algunos niños se abalanzaron sobre nosotros riendo y gritando como si hubiesen llegado los payasos del circo, algo que sin duda éramos dado nuestro estrafalario aspecto y gran tamaño. Medardo y sus amigos nos exhibían orgullosos cual tesoro hallado en la selva. Superado el primer impacto, varios hombres mayores se acercaron a saludarnos. Un viejo de aspecto gracioso y cara arrugada me preguntó con una sonrisa desdentada el motivo que nos había traído «a usted y a su madre» al poblado tawahka. Le susurré al oído que no se trataba de mi madre sino de la jefa de mi poblado, y que, por favor, no se le ocurriera repetirlo, y mucho menos

delante de ella.

Pero no teníamos tiempo que perder. A pesar de encontrarnos en plena selva, llevábamos en el equipaje nuestra absurda concepción del tiempo. A la madrugada siguiente debíamos abandonar el poblado, desandar el camino hasta Catacamas, y continuar la intensiva ronda de visitas y entrevistas. Esta era, pues, nuestra única oportunidad para conversar con los tawahka, de modo que aprovechamos la cena que compartimos a cielo abierto, en aquel espacio con función de plaza comunal, charlando como un grupo de felices exploradores alrededor del fuego. Nos sirvieron pollo asado y verduras hervidas en platos de madera, y de inmediato me volvió el alma al cuerpo. Comíamos con las manos, Ursula apenas probó unas verduras.

Durante la cena-entrevista algunos hombres nos contaron que cultivaban camote, plátanos, yuca, frijoles y caña de azúcar, «para nuestro consumo, pero cuando la cosecha es buena vendemos lo que podemos en el mercado y las tiendas de Catacamas», explicó uno con aires de jefe. También cazaban, con arco y flecha y con trampas, pavos, venados y lapas; y pescaban camarones, cangrejos y tortugas en el río Patuca.

—Pero cada vez hay menos animales —continuó el jefe—, los ladinos y los ganaderos se están comiendo poco a poco nuestro bosque. El agua del río viene sucia y hay menos pesca —concluyó. Los demás hombres asintieron con la cabeza.

Las mujeres, sentadas junto a los niños detrás de los hombres, no abrían la boca más que para comer y susurrar entre ellas, a pesar de que Ursula les dirigió un par de preguntas:

—¿Y fundamentales enfermedades?

—Diarrea, parásitos en el intestino y malaria, sobre todo entre los niños, y problemas respiratorios en los viejos —contestó por ellas uno de los hombres más ancianos.

—¿Y agua para bebiendo? —insistió Ursula mirando en dirección a las mujeres, en un claro intento por medir su grado de participación en los asuntos políticos del poblado.

—La sacamos de las quebradas o del río —contestó otro anciano.

Al no obtener la respuesta de quienes esperaba, Ursula resopló indignada, lo que generó cierta tensión, por incomprensión, entre los

tawahka. Luego nos explicaron que un médico de Catacamas visitaba el poblado una vez cada dos meses, más o menos, una frecuencia a todas luces insuficiente. No nos fue difícil deducir que muy pocos utilizaban las letrinas construidas junto al centro de salud: la mayoría hacía sus necesidades detrás de los árboles. Existía, por tanto, un problema no sólo medioambiental, sino también de educación sanitaria.

Durante un intervalo en la charla pregunté a Pedro, que comía pausadamente y en silencio a mi lado, sobre la llamada aculturación, proceso por el que un pueblo, generalmente más débil, ve desaparecer su cultura, costumbres y tradiciones, a expensas de otras, generalmente pertenecientes a un pueblo invasor más poderoso. Los tawahka me recordaban a los machiguenga de la selva peruana que Mario Vargas Llosa describe en *El hablador*.

—¿Por qué venimos, con este proyecto, a decirles cómo conservar su selva, mejorar sus cultivos y cambiar sus hábitos de higiene, cómo curar sus enfermedades con nuestras medicinas? ¿No llevan cientos de años viviendo aquí por su cuenta?

Pedro dejó un trozo de pollo sobre el plato y me miró sorprendido, sonriendo de oreja a oreja. Supongo que no esperaba que alguien enviado por Bruselas, la fuente de financiación del proyecto, cuestionara la propia existencia del mismo.

—Estoy totalmente de acuerdo con tus dudas —y tras secarse la boca con la manga de su camisa continuó—: pero los tawahka ya están sufriendo aculturación, es un hecho, y no podemos hacer nada para impedirlo. Ningún gobierno ni los poderosos ganaderos van a dejar de explotar los recursos de esta selva, por mucha reserva de la biosfera que se declare por ley. Por eso hay que darles las herramientas necesarias para que se defiendan, para que, al menos, puedan sobrevivir, ¿no te parece?

Supongo que Pedro tenía toda la razón, ésa era la triste realidad.

Yo había leído en el informe de la UNESCO que los tawahka conservaban la tradición de relatar leyendas y cuentos como forma de transmitir su pasado a través de las generaciones. Cuando la charla y la cena parecían tocar su fin, pregunté si era posible escuchar alguna historia tradicional tawahka. Entonces, el hombre viejo y desdentado que me había abordado nada más llegar para indagar sobre el motivo

de nuestra visita, se levantó con solemnidad, como llamado a realizar un ritual al que estaba predestinado. Se hizo un gran silencio y el viejo comenzó a hablar con voz ceremoniosa:

«Voy a contar la historia de cómo se creó el mundo, el sol y las estrellas», dijo mientras se situaba en el centro del grupo para que todos pudieran verlo y oírlo. Ya era de noche. Como el viejo se puso delante de nosotros dando la espalda a la hoguera, apenas se le veía la cara. Unos tenues rayos de luna que se colaban entre las ramas de los árboles nos permitían adivinar su frente, pómulos y barbilla. El fuego detrás de él proyectaba una luz iridiscente en el contorno de su cuerpo. El gran periodista y escritor Ryszard Kapuscinski afirma que «esas reuniones en que se narran historias son casi inconcebibles sin un fuego ardiendo en las proximidades». ¡Cuánta razón tiene! «La luz del fuego atrae y compacta al grupo, libera sus mejores energías —nos cuenta en su magnífico libro *Viajes con Heródoto*—. La llama y la comunidad. La llama y la historia, la llama y la memoria.» Si no hubiese sido yo quien pidiera a los tawahka que nos contaran una historia, habría pensado que llevaban años ejecutando aquella mágica representación con el fin de fascinar y embrujar a sus huéspedes.

«El mundo fue creado por dos hermanos; ellos hicieron las montañas, los valles, los ríos y los lagos —el viejo moldeaba con sus brazos los accidentes geográficos que describía—. Cuando terminaron la primera parte de su obra, los dos hermanos se fueron en canoa por el río, pero la canoa volcó en unos rápidos y se cayeron al agua —entonces se tiró al suelo, como si él mismo cayera de una canoa, provocando risotadas entre su público—. Cuando llegaron a la orilla, tuvieron frío y hambre y prendieron una hoguera. Encontraron maíz y lo tostaron al fuego. Cuando terminaron de comer, tiraron varias mazorcas al suelo, que se convirtieron en animales y pájaros. Las que cayeron en el río se convirtieron en peces —en ese momento movió los brazos como un ave en pleno vuelo, y luego sus manos imitaron la forma de nadar de los peces—. Después se quedaron dormidos, y el fuego alcanzó al hermano mayor, que se despertó envuelto en llamas y subió al cielo hasta convertirse en un punto luminoso y llameante: así nació el sol —dio entonces un giro completo sobre sí mismo, con los brazos en alto y las manos unidas por los dedos pulgar e índice formando un círculo—.

Su hermano menor, también alcanzado por el fuego, lo siguió hacia las alturas, pero en su lucha contra las llamas —hizo entonces una pirueta que arrancó más risas— desprendió muchas chispas y brasas ardientes que se esparcieron por todo el cielo: así nacieron las estrellas y la luna», concluyó, alzando la vista y levantando ambos brazos hacia el espacio, ya plagado de estrellas y con una luna llena tan grande y blanca como un plato de porcelana.

Tras tamaña representación nos fuimos a dormir, no sin antes agradecer la cena, la charla y la genialidad de nuestro amigo actor. Los huéspedes nos acomodamos en el centro de salud, en unas hamacas que colgaban de las vigas del techo. Pero entre el cansancio, la excitación del viaje, los ruidos de la selva —¡cómo gritan los monos!— y la novedad de dormir en una hamaca, no pegué ojo en toda la noche. Incapaz de encontrar una postura definitiva, me revolví como una tortilla sobre una sartén, hasta que aterricé en el suelo como un saco de patatas lanzado desde un camión a toda marcha. Nos levantamos sobre las cinco y media de la madrugada, y tras un desayuno de pan y judías, emprendimos el camino de regreso, guiados nuevamente por Medardo y su tropa. Una contenta y relajada Ursula montó una mula más joven y de aspecto sano y vigoroso. Como su pantalón vaquero era un catálogo de barro medio secos, le presté uno que llevaba en mi mochila y que hubiera servido para meter dentro a un par de Ursulas.

Cuando entramos en Catacamas los tres muchachos ya habían aprendido un buen número de palabras en inglés y comprendido que yo venía de un lugar llamado España —les dibujé un rudimentario mapamundi sobre un papel en el que marqué Tawahka Asangni y España—, y se les iluminaron los ojos cuando les regalé la navaja suiza que llevaba en el kit de supervivencia. ¡Había servido para algo! Luego de prometerme que la compartirían entre los tres, nos despedimos con un abrazo.

De camino al hotel hicimos una parada en la alcaldía de Catacamas para conversar con el alcalde, un hombre joven y amable que nos ofreció un Nescafé que agradecí como agua en el desierto. Pudimos comprobar que el proyecto tenía una buena aceptación y apoyo por su parte, consciente de los problemas de deforestación y convivencia en la reserva de la biosfera. Nos instalamos en el hotel Juan Carlos, un

establecimiento limpio y decente con unas enormes habitaciones que daban a un patio central repleto de plantas. La patrona, una mujer coqueta y entrada en carnes, se ofreció para lavar nuestros pantalones. «Estarán limpios y secos a primera hora de la mañana», nos aseguró.

Después del almuerzo visitamos varias comunidades de ladinos, en su mayoría colonos mestizos asentados en las zonas adyacentes a la selva, donde construyeron sus casas de cualquier manera. Había leído que muchos de ellos eran delincuentes huidos de la justicia que se establecían en La Mosquitia hondureña para comenzar una nueva vida; esto suponía un problema añadido en términos de seguridad para los indígenas. Nadie pudo confirmarme este hecho durante nuestra visita. Observamos varios huertos modelo que el proyecto había instalado con la colaboración de campesinos ladinos. Con ellos se perseguía demostrar y enseñar a los vecinos la manera de cultivar siguiendo métodos intensivos y sostenibles, según los principios de la agricultura ecológica. Una imagen vale más que mil palabras, asegura el sabio refrán. Como era de prever, los ladinos estaban mejor organizados que los aislados indios tawahka, contaban con organizaciones de campesinos y ganaderos que incluían a sus activas mujeres, un factor fundamental a la hora de asegurar la continuidad o sostenibilidad de los resultados. Las relaciones entre Pedro y su ayudante y estas agrupaciones eran excelentes.

Dentro de aquel panorama general de presión demográfica, el desafío radicaba en hacer compatible el derecho a la vivienda y al sustento de ladinos y tawahka con la conservación de un ecosistema tan delicado e importante. Para ello, el proyecto seguía una ardua labor de sensibilización y demostración de resultados. Éstos son algo más intangibles, y por tanto más difíciles de evaluar que los derivados de un proyecto de construcción de caminos o puentes, por poner un ejemplo, y aquellos requieren más tiempo para materializarse. El reto consistía ahora en incorporar a la lógica del proyecto a los indios tawahka, así como a los grandes ganaderos. Estos últimos podían suponer un obstáculo, habida cuenta de que su objetivo principal era proveer de carne al gran mercado de Tegucigalpa. Ello implicaba, lógicamente, incrementar el número de cabezas de ganado con el consiguiente impacto negativo en los bosques de la biosfera. No obstante, hacía

pocos meses se había logrado algo muy importante: la aprobación del decreto ley —propuesto por el proyecto— por el que se creaba la Biosfera de Tawahka Asangni, primer paso para lograr una protección legal integral de la zona.

La última noche antes de abandonar Catacamas cenamos los cuatro acompañados de unas cuantas cervezas en el sencillo comedor del hotel Juan Carlos. Reímos y charlamos distendidamente hasta bien entrada la noche.

—¿Has visto cómo coqueteaba Pedro conmigo? —aseveró, más que preguntar, Ursula cuando nos dirigíamos a solas a nuestras habitaciones.

—Realmente no me di cuenta...

—¡Era tan evidente, querido! ¡Buenas noches! —se despidió entrando en su cuarto, sonriente y feliz.

A la mañana siguiente, ante la ausencia de noticias sobre nuestros pantalones, me presenté en la recepción. Allí me encontré con la patrona, quien me pidió que la esperara «un segundito, nada más» mientras iba a su casa que quedaba enfrente a buscarlos. «¡Seguro que ya están secos!», gritó desde la calle. Pude ver cómo entraba en el patio de su casa, y en ese preciso instante, un niño de no más de diez años, descalzo y sin camiseta, salió corriendo como una bala por la otra puerta del patio. En cada una de sus manos arrastraba un pantalón. ¡No podían ser más que los nuestros! La mujerona salió disparada en su persecución. Su aceleración y velocidad de crucero me dejaron pasmado. Los vi desaparecer a la vuelta de la esquina, derrapando y levantando polvo como el correcaminos y el coyote. A los pocos minutos apareció la mujer por la otra esquina, jadeando como el jabalí que se nos había cruzado el día anterior en la selva. En sus manos traía, como un par de trofeos, nuestros pantalones. Eso sí: totalmente teñidos de un intenso rojo ladrillo.

—¡Niño rata! —exclamó enfurecida, los ojos desencajados y la cara sudorosa—. ¡Cuando lo vuelva a ver le voy a arrancar los pelos!

—No se preocupe, señora, se lo agradezco mucho. ¡Corre usted como un rayo!

—¡Pa' servirlo a usted! —dijo arreglándose el pelo con coquetería—. Y por favor, ya que pasa por delante de la habitación de su madre, entréguele su pantalón.

—Claro, no se preocupe...

Regresamos a Tegucigalpa con Pedro el miércoles por la tarde. A la mañana siguiente mantuvimos una última reunión con él y su equipo en la sede de ICADE en la capital, una bonita y sencilla casa decorada con pósters de parques naturales, ecosistemas y flora y fauna hondureña y centroamericana. De la oficina y del equipo emanaba una humilde y comprometida profesionalidad. Aquel era un buen proyecto, y según me contaron años más tarde, continuó y finalizó con bastante éxito. Esa excursión de apenas cuatro días me hizo comprender de un plumazo el serio problema de la deforestación y sus consecuencias, no sólo para los sufridos y gentiles tawahka, sino también para todos nosotros y nuestros herederos. Un informe publicado en 2010 por la Organización para la Alimentación y la Agricultura de la ONU —la FAO, con sede en Roma— afirma lo siguiente: «La superficie forestal total mundial asciende a algo más de cuatro mil millones de hectáreas, el 31% de la superficie terrestre total. La pérdida neta de bosques (es decir, las pérdidas menos los incrementos en superficie forestal) en el período 2000-2010 equivale a una superficie anual similar a la de Costa Rica». También aprendí mucho de Ursula, sobre todo la manera de relacionar la metodología —la teoría— con los hechos sobre el terreno —la práctica—, y cómo cruzar información entre los diferentes grupos y personas entrevistados para arribar a conclusiones fiables.

De regreso en Managua nos reencontramos con Lorenzo y Mateo. En nuestra última noche juntos cenamos en el hotel intercambiando anécdotas y risas. Luego, en torno a unas tazas de café, preparamos la reunión final con los funcionarios de la Delegación de la Unión Europea, el *debriefing*, cuyo objetivo es presentar nuestras impresiones y recomendaciones preliminares sobre cada uno de los proyectos evaluados. Por su parte, los funcionarios tienen la oportunidad de aportar información adicional, corregir errores fácticos en nuestras apreciaciones o, simplemente, mostrar su desacuerdo, enfadarse o patelear, algo que sucede con no poca frecuencia.

Durante la reunión Ursula leyó un par de folios en español redactados por Lorenzo con un resumen sobre la marcha de todos los proyectos. Luego fue nuestro turno para ahondar en los detalles de cada uno. Cuando le tocó hablar a Lorenzo, se puso bastante nervioso.

Se removía en su asiento e incluso le temblaba la voz. Fue ganando confianza a medida que avanzaba en su exposición, y algo más cuando le formularon algunas preguntas concretas. Su reacción me sorprendió: poco se parecía al Lorenzo tan seguro de sí mismo y sereno que yo había visto durante la semana que trabajamos juntos. ¿Cuál era el motivo de aquel cambio? ¿Acaso su seguridad se desmoronaba cuando era él quien debía exponerse o se sentía cuestionado?

—¿Qué tal lo hice? —me preguntó cabizbajo al finalizar la reunión.

—Bien, sí, bien... Ibas ganando confianza a medida que avanzabas.

—Siempre me pongo nervioso al hablar en público —se justificó.

—No entiendo por qué, a estas alturas conoces los proyectos mejor que nadie.

No dijo nada más. Tampoco abrió la boca durante el trayecto en taxi hasta el hotel, su mirada perdida a través de la ventanilla. Esa misma tarde abandonamos Managua rumbo a Miami.

Daniel Ortega ganó las elecciones generales de 2006 y 2011. «Daniel lo controla todo; nada se mueve en Nicaragua sin que él esté detrás; los jueces hacen lo que les dice Daniel», son algunas frases sobre él que nos regalan Rosa Regàs y Pedro Molina Temboursy en su libro *Volcanes dormidos*, un relato muy bien documentado de sus viajes por Centroamérica. En cualquier caso, a la hora de escribir estas líneas me pregunto qué pensará la jueza Rosa Margallo del gobierno del incombustible y omnipresente Daniel Ortega.

Aquel mes de noviembre de 2000 los cuatro nos despedimos en el ajetreado aeropuerto de Miami. Ursula nos plantó sus ya tradicionales dos *beijinhos* al estilo latino y se enfrascó de inmediato en una acalorada discusión con la empleada de la aerolínea para que la promoviera «obligatoriamente» a clase ejecutiva. ¡Que para eso tenía su tarjeta gold! ¿O no la veía?, y le pasaba a la muchacha la tarjeta a cinco centímetros de su cara. Allí la dejamos. Lorenzo y Mateo me dieron cada uno un abrazo y los vi desaparecer por la puerta de embarque que anunciaba el vuelo a Roma. ¿Volvería a verlos? ¿Trabajaríamos juntos de nuevo?

Algunas horas más tarde pensaba en la enorme distancia que separaba los dos mundos que mi avión recorría en un corto espacio de tiempo. Europa era opulenta, y España comenzaba a vivir un boom económico sin precedentes, las grúas de construcción se alzaban por la

Costa del Sol como un campo de trigo y todos parecían enriquecerse. Sí, la distancia entre la abundancia y las carencias, ya lo sabemos, pero ahora yo comenzaba a conocer las caras, los nombres y las historias de las personas del mundo de las carencias, el mundo de *los otros*. ¿Qué sería de Modesto? ¿Habría recibido un juicio justo y llegaría a tener una vida medianamente digna y honrada tras cumplir condena? ¿Y los muchachos tawahka, podrían seguir viviendo en la selva de sus ancestros y ver crecer allí a sus hijos, sanos y fuertes?

No estaba nada seguro de haber hecho un buen trabajo, pero sí totalmente convencido de querer beber más de aquel cóctel adictivo, que mezclaba en dosis perfectas aventura, trabajo y humanidad.